Curco Vein no se mató

(Prefirió esperar el tren)



Darío Caraballo

Curco Vein no se mató
(Prefirió esperar el tren)

Darío Caraballo

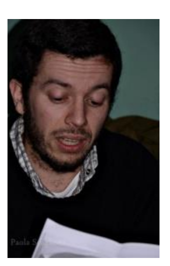
Curco Vein no se mató (Prefirió esperar el tren)

Primera edición.

Montevideo, Uruguay, 2016

Foto de tapa: Noelia Acha Álvarez

Sobre el autor



Darío Caraballo reside en Montevideo, Uruguay. Es autor de *Ábacos* (2009), *Medio cuerpo en el barro*, Editorial Trópico Sur (2014) y *Artigas y sus enseñanzas peronistas* (2015) Es guionista y conductor radial en Radioactiva FM de Montevideo y blogger (www.levrerista.blogspot.com) desde 2008.

Curco Vein no se mató

(Prefirió esperar el tren)

1

Cuando Curco llegó a la plaza de la estación de trenes lo hizo con la firme intención de matarse, pero hacía demasiado calor. El lugar lucía desierto; era una hora inapropiada y los habitantes del lugar acostumbraban abandonar toda actividad en ese momento del día, en especial en un verano como el que se les presentaba.

Ni bien tuvo acceso al reparo de la sombra bajo un techo que sobresalía de la estación, cambió de opinión en relación al suicidio: se sentó en un banco a esperar el tren. Primero se sacó el bolso que llevaba colgando y lo puso a su lado, apretándolo contra el cuerpo. Luego de mirar a su alrededor y ver que el lugar estaba desierto, estiró un poco las piernas y se puso cómodo. Más que sentado en el banco, estaba acostado.

Se dedicó a mirar las vías del tren; allí debajo, a unos pocos metros, el sol daba de lleno contra las tiesas barras de metal. A lo lejos los rayos solares formaban un ángulo recto con las vías y, además, podía ver una serie de imágenes muy similares a las de un charco de agua, que su experiencia atribuía a los propios rayos y a un error involuntario de percepción.

Curco había conseguido una comodidad tal que el sueño comenzó a vencerlo. Un par de veces, a pesar de haberse propuesto evitarlo, los ojos de Curco se cerraron.

Cuando estaba a punto de quedar dormido, unos sonidos lo trajeron de vuelta a la vida consciente; eran pasos. Lentamente y sin hacer demasiado esfuerzo corrió un poco la gorra de su cara y pudo ver de reojo a un señor que se acercaba.
-Buenas- le dijo el hombre, a quien correspondían los pasos.
-Qué tal- saludó Curco, incorporándose en el banco-; ¿sabe si hará mucho que pasó el tren para Colón?
-Y, hará unos...Veinticuatro años- dijo el hombre, mientras trataba de desenganchar un cortaúñas de un manojo de llaves.
-Ah- dijo Curco. Luego consultó su reloj. Eran las tres en punto de la tarde.
Cuando logró desenganchar el artefacto, el hombre, vestido con un uniforme beige compuesto por una camisa de ese color y un pantalón de tela fina en un tono más oscuro, se sentó a su lado, y mientras se cortaba las uñas, con tono paternal, mirando a Curco de reojo, le dijo:
-Sea razonable hombre; el tren hace veinticuatro años que no pasa, ¿qué le hace creer que hoy va a pasar?
Curco no respondió. Se mantuvo en la misma postura anterior.
-Usted no está en sus cabales, amigo. ¿Cómo es su nombre?- dijo el uniformado, dejando el cortaúñas en el banco, dando a entender que la conversación ya pasaba a un terreno más personal y que por lo tanto el asunto le parecía de la envergadura suficiente como para atenderlo en exclusividad, postergando una tarea de higiene personal a la que le daba mucha importancia.
-¿Cómo es mi nombre? Es bastante feo- dijo Curco.
-Me refiero a cuál es su nombre.

-Ah, eso. Sí, mi nombre es Curco Vein. Encantado- dijo Curco estrechando la mano del hombre.
- Un gusto. Mi nombre es Calígula- al decir esto, el hombre lo miró de modo inquisidor, como si esperara algún tipo de reacción por parte de Curco luego de haber escuchado su nombre.
 Pero Curco no dijo absolutamente nada. Simplemente consultó su reloj, una vez más, y se quedó en silencio.
 Calígula lo miraba con atención.
-Oiga, Curco, ¿entendió lo que le dije acerca de los trenes acá?-hizo una pausa, pero al no tener respuesta, ni verbal ni gestual, continuó-: pasan trenes de carga sí, pero acá en la estación Peñarol ya no se levanta pasaje, y mucho menos con destino a Colón; a 25 de Agosto, puede ser, en algún momento, pero a Colón no. ¿Por qué mejor no se toma un ómnibus?
Calígula estuvo un rato sentado, en silencio, y le dedicó algunas tímidas miradas a Curco, para luego, con un gesto de desaprobación y quizás pena, entrar a la Estación por una puerta de madera que él mismo había dejado entreabierta al salir.
 Curco abandonó su pose de descanso solamente para vigilar que no viniera el tren y lo agarrara desprevenido. Según sus cálculos recién inventados el tren pasaría a las tres y diez, y eran las tres y cinco. Era muy inoportuno quedarse dormido justo en ese momento.

Cuando el reloj indicaba que eran las cinco menos diez de la tarde, Curco sospechó que algo extraño había sucedido con el tren. Tomó impulso con sus manos en el banco y se puso de pie. Luego, se volvió a sentar. Tuvo la sensación de que el tren se había demorado por

algún desperfecto mecánico que se estaría corrigiendo en ese mismo momento (incluso creyó ver en su mente la imagen de tres mecánicos enanos, vestidos con *overall* azul de *jean* y unos graciosos gorritos al tono, que discutían a viva voz acerca de cuál podría ser el problema que afectaba a la máquina; uno de ellos agitaba una enorme llave inglesa); Curco esbozó una sonrisa y volvió a sentarse cómodamente en el banco. No alcanzó a taparse la cara con la gorra de nuevo porque apareció una figura por el lado izquierdo que acaparó su atención.

Lo primero que vio fue un par de botitas *Converse* negras y blancas. Luego, un par de medias blancas que apenas sobresalían del calzado. A medida que su vista subía, se encontró con unas delgadas piernas y una corta falda gris que se movía de modo sugerente de un lado a otro como consecuencia de una repentina ráfaga de viento. Cuando tuvo una perspectiva completa, se dio cuenta que se trataba de una joven liceal de uniforme. Curco quedó muy impresionado con la imagen que vió. Ni siquiera se atrevió a emitir sonido alguno; simplemente la siguió con la mirada. La joven pareció no notarlo, y siguió caminando hasta llegar a la misma puerta por donde Calígula había entrado horas antes; luego de empujar con decisión la puerta de madera, entró. Curco, sin pensarlo demasiado, la siguió. Con su gorra en la cabeza y su bolso colgado en la espalda, se acercó a la puerta y la abrió. Mientras lo hacía, pensaba que además de seguir a la muchacha, podría averiguar algo acerca de la demora del tren, o tal vez averiguar horarios de otros trenes que vinieran a realizar el mismo recorrido del tren que él pretendía tomar en primera instancia.

Una vez adentro, se decidió a realizar un examen visual del lugar antes de tratar de encontrar alguna parte donde se le pudiera brindar la información que él necesitaba y, tal vez de modo más urgente aun, ubicar el paradero de la colegiala que ya se había perdido de su vista.

Lo que vio Curco ni bien entró en la estación poco tenía en común con lo que esperaba ver. En primer lugar, porque la estación observada desde adentro parecía ser diez veces más grande de lo que uno podía prever si se tomaba en cuenta el tamaño de la edificación vista desde afuera; y en segundo lugar porque el movimiento de personas, vendedores ambulantes, filas de gente detrás de vidrieras o mostradores, contrastaban alevosamente con la desolación de la parte exterior de la estación.

Curco tuvo que esforzarse bastante para controlar la tos que le producía el aire acondicionado del lugar; mucho más cuando acababa de abandonar un lugar donde había no menos de treinta y cinco grados centígrados y unos rayos solares que rajaban la tierra.

La temperatura de la parte interior de la estación era agradable, o tal vez demasiado fresca, según pudo sentir luego de unos segundos. Todavía no salía de su asombro al ver cómo se acumulaban las contradicciones con su idea inicial, totalmente intuitiva, acerca del aspecto de la estación por dentro: le parecía inconcebible que en el interior del lugar hubiese varios pisos, los suficientes para que funcionaran dos escaleras mecánicas y que además la gente en el lugar fuese mucha y se moviese a una velocidad diferente a la suya, y a la de los moradores del barrio en las afueras de la estación.

El lugar era inmenso. En algunas zonas las baldosas estaban tan limpias y enceradas que reflejaban los reflejos del techo, que también estaba limpio y encerado.
-¡Con permiso! ¡Con permiso!- gritaba un hombre gordito y bajo, vestido con una remera blanca y negra a rayas horizontales y un antifaz negro, mientras se abría paso a empujones entre la gente, acarreando unas bolsas que tenían el símbolo de pesos inscripto en color negro. El hombre iba acompañado por dos sujetos, vestidos de modo similar, que cargaban bolsas también con el símbolo de pesos. A la derecha de Curco se encontraba un guardia de seguridad; estaba mandando un mensaje de texto así que no se dio cuenta de la presencia de los ladrones (porque un tipo de la edad de Curco, curtido por tanta experiencia, no tuvo dudas: se trataba de un grupo de viles ladrones que seguramente habían robado algún dinero que, por el hecho mismo de haberlo robado, no les pertenecía; se sabe que uno no roba lo que ya es de su propiedad).
-Buenas tardes- dijo uno de los ladrones al pasar por el espacio que había entre Curco y la puerta. Curco lo saludó con una reverencia y continuó caminando en la misma dirección en que lo venía haciendo.
-¡Gol! ¡Gol! ¡Golazo!- gritaban enardecidos unos avejentados adolescentes y adultos, vestidos ellos enteramente con el mismo tono de color azul, a la vez que daban brincos en sus asientos; se encontraban en una pequeña sala al lado de la cabina del guardia de seguridad que continuaba mandando mensajes de texto; la sala estaba amoblada con sillones, sillas y moquetes marrones; además

había banderines azules triangulares colgando de las paredes, y un televisor donde se podía observar un partido de fútbol. Curco se acercó al lugar, que en ese momento parecía el living comedor de una casa promedio, para poder ver con mayor claridad lo que estaba pasando.

- ¡Los Rojos nomás! ¡Los rojos carajo!- gritaba un hombre con una evidente disfonía perfectamente entendible si acaso venía sosteniendo ese estado de exaltación durante más de diez minutos.

Curco se acercó al lugar, y fue abrazado y besado por los eufóricos seguidores del equipo que acababa de hacer un gol. En cuestión de segundos, Curco se encontraba vestido de azul, con bufanda y gorro, mitad abrazado por un joven y mitad apretujado contra un señor, todos en uno de los sillones marrones frente al televisor. De pronto se repuso el juego y la histeria dio paso a la expectativa.

En el partido se enfrentaban, según pudo averiguar Curco, el equipo Rojo del Norte y el equipo Rojo del Sur. El equipo Rojo del Norte, del cual todos en la sala parecían ser partidarios y fanáticos, vestían un uniforme completamente azul. El otro equipo, el Rojo del Sur, vestía camiseta, pantalón y medias verdes, pero se trataba de su casaca de alternativa, pues según le dijeron a Curco el uniforme habitual era amarillo.

El partido parecía desarrollarse con normalidad; los jugadores del equipo Rojo del Norte administraban el gol de ventaja y hacía pasar el tiempo tirándose al piso, demorando las ejecuciones de faltas o saques de arco, ante la desesperación de los del Rojo del Sur que protestaban insistentemente al árbitro alegando una conducta antideportiva.

-¿De qué se quejan si ellos nos hicieron lo mismo en el partido de ida?- decía uno de los espectadores mientras comía papas fritas de un paquete con la desesperación propia de un senegalés en alta mar al raspar el fondo de una lata de atún que aparece flotando inesperadamente en el agua cuando se encuentra en una goma camino a Andalucía luego de haber estado siete días sin comer.

-¡Terminalo, hijo de puta!- gritaba otro, al ver que la transmisión televisiva del partido mostraba en primer plano al juez consultando su reloj.

Cuando el juez pitó el final del partido, una explosión de alegría llenó el campo de juego; jugadores víctimas de un llanto histérico se abrazaban y agradecían al cielo por haber conseguido el triunfo. Los periodistas debidamente identificados con sus camperas deportivas con el logo de su medio de comunicación, micrófono en mano y seguidos por camarógrafos, se abalanzaban sobre los jugadores del equipo Rojo del Norte que festejaban abrazados, formando un círculo y gritando “dale campeón”.

-Vení, vení…Seguime- decía un periodista, entre jadeos; –bueno…Acá tenemos a Fernández…Qué partido, eh…

-Sí, sí…Cumplimos…Ahora a festejar con los compañeros- decía el futbolista con la mirada perdida en la lejanía, probablemente posada en alguna persona con la cual le gustaría estar festejando el triunfo.

El periodista abandonaba a ese jugador y se dirigía hacia otro, que se encontraba semidesnudo, gritando desaforado “y ya lo ve, y ya lo ve, es para el Rojo del Este que lo mira por tevé”

- Acá tenemos al Matraca… ¡Matraca, Matraca! Qué partido eh- decía el periodista, extendiendo su brazo para que el futbolista pudiera

hablar cerca del micrófono –; sufrieron hasta el final pero consiguieron los tres puntos que tanto necesitaban, ¿no?

- Sí, es como vos decís….Sufrimos hasta el final pero conseguimos los tres puntos que tanto necesitábamos, ¿no?- respondía jadeante el deportista.

- Sí…Se los ve contentos….Parece que sufrir hasta el final le da un sabor especial al triunfo…Matraca, ¿sufrir hasta el final, le da un sabor especial al triunfo?

-Sí, es como vos decís, creo que sufrir hasta el final le da…No sé…Como un sabor especial al triunfo- decía el jugador, mientras saludaba a algunos dirigentes que habían bajado a la cancha para felicitar a los futbolistas.

- Qué partido, ¿no?…Hubo que meter y meter, ¿nocierto?- decía el periodista, visiblemente preocupado por la aglomeración de gente a su alrededor.

- Sí…Es como vos decís. Hubo que meter y meter, ¿nocierto?- respondía el jugador mientras intentaba que uno de los tantos hinchas que habían invadido la cancha no le robara el calzoncillo.

- Bueno, Matra…Te libero y te dejo festejar con tus compañeros que tanto se lo merecen…Felicitaciones- decía el periodista, mientras el futbolista, ya desnudo, intentaba que un hincha no prosperara en su idea de robarle un tatuaje cortándole un pedazo de piel con una trincheta.

El periodista se alejó rápidamente y el jugador fue rescatado por un grupo de asistentes técnicos que lo condujeron sano y salvo hacia el túnel. Una vez allí, mientras se abrazaba con sus compañeros, se dirigió hacia el vestuario.

Allí el entrenador pronunció algunas palabras emotivas, con una voz ronca, masculina, quebradiza, que conmovió a todos los presentes. Tres horas de algarabía separaron ese momento de la llegada del Matraca a su casa, para festejar en familia.

-Mirá, mirá, saliste en la tele- gritaba exaltado uno de sus sobrinos al ver la nota que le habían hecho a su tío en la cancha, al finalizar el partido.

-Sí, tu tío es famoso Facu ¡Tu tío es un héroe!- gritaba la madre del futbolista, emocionada.

Luego de unos minutos de euforia colectiva, de llantos y abrazos, de abuso de alcohol y de conatos de violencia doméstica al tratar de dilucidar quién estaba menos borracho como para llevar a los niños a sus casas (estaban los treinta y dos sobrinos del futbolista festejando el triunfo, pero ninguno de ellos había traído a sus padres, ya que aquellos habían tenido un pequeño altercado económico con esta parte de la familia, que si bien había sido grave, no lo era en grado tal como para que las generaciones que los sucedían, es decir, sus hijos, estuviesen imposibilitados de interactuar en las reuniones familiares) llegó la hora de distenderse y descansar. Lentamente la casa se fue despoblando y solo el futbolista y su concubina quedaron dentro.

-Vamos a dar una vuelta- propuso el deportista –; esto tenemos que festejarlo. Tomó de la mano a su señora. Ésta, dejándose llevar, le dijo: -bueno, vamos.

Después de salvarse milagrosamente de tres o cuatro accidentes de tránsito, todos provocados por la impericia al volante del futbolista alcoholizado, lograron llegar a un lugar que, si bien no podían ubicar

ni definir con claridad, parecía un parque de estacionamiento de un Shopping Centre.

El futbolista estacionó el vehículo; ambos bajaron y se dirigieron a la *zona de comidas*.

-Debe ser por acá, amor- dijo la mujer, señalando un local con forma de lata de arvejas. En ese momento, un grupo de promotores, disfrazados de arvejas, se abalanzaban sobre la gente para manifestarle las ventajas de consumir las arvejas de una marca en particular.

De pronto un grupo de gente se amontonaba en la puerta de un cambio al escuchar a un señor grandote, de traje y bigote, que gritaba:

-¡Nos robaron! ¡Nos robaron!

La gente comenzó a huir en todas las direcciones posibles, espantada.

-¡Acá roban, acá roban!- gritaba una anciana, mientras corría en círculos, tomándose la cabeza con las manos.

La policía no tardó en hacerse presente y disuadir a la gente aconsejando a todos que se calmaran, lanzando gases lacrimógenos y granadas de mano. Unos segundos después todo se tranquilizó y la gente entendió que ya todo estaba en orden y siguió con su vida normal, comprando y comprando en los locales vecinos.

- Así que robaron- le decía un policía al hombre de bigotes.

-Sí, se nos llevaron mucha plata. Lo teníamos todo en bolsas y ya no están. Las cámaras de seguridad no registraron las caras de los chorros, pero sabemos que estaban vestidos con remeras negras y blancas a rayas horizontales y que se cubrían la parte de los ojos y la frente con unos antifaces negros. Como esos que van ahí, cargando

esas bolsas, allá adelante- decía el señor bigotudo, mientras el policía anotaba cuidadosamente todo en su bloc de notas.

-¿Y cómo me dijo que era su nombre?- preguntó la señora que atendía al público desde atrás de una mampara de vidrio transparente al mismo tiempo que sostenía el tubo del teléfono apretándolo con la oreja derecha y el hombro y que se las arreglaba para superar el nivel tres del Tetris en la computadora, jugando con el teclado y usando solo la mano izquierda.
-Mi nombre es raro- dijo la joven liceal.
-Me refiero a cuál es su nombre, jovencita- insistió la burócrata, con desdén.
-Me llamo Tiroides. Pero me dicen Tiro.
-¿Y qué trámite viene a hacer?
-Vengo a cargar boletos y a realizar un aborto.
-Pero, jovencita ¡Eso es inmoral! ¡Acá no hacemos esas cosas!- dijo la burócrata, mirando a su alrededor, en busca de alguna persona ante la cual debiera justificarse.
-Pero mirá que solo voy a cargar cincuenta boletos, es cierto que el mes pasado no cargué boletos, pero es que como era Enero y no tenía clases no me pareció conveniente. No sabía que era inmoral- dijo la joven.
-Eso no es lo inmoral. Lo otro es lo inmoral. Pero…Bueno…Se puede arreglar- dijo la señora, bajando la voz-. ¿Es para vos? ¿Qué pasó? ¿No te cuidaste?
-No, no es para mí. Es para mi mamá. Es que el otro día en la orgía que se armó en La Parroquia mi madre quedó embarazada, y parece que no quiere tener al nene…Yo que sé. Es todo un lío- decía la joven

mientras sacaba el celular de su mochila. Había recibido un mensaje de su madre: decía que ella ya se había realizado el aborto en otra ventanilla, y que en ese preciso momento estaba haciendo los trámites necesarios para adoptar el feto y obtener la tenencia permanente. Ambas acordaron encontrarse en el *local de comidas lentas* del segundo piso, para estar juntas en un momento tan importante de sus vidas.

-Ni se moleste- dijo Tiroides a la empleada-; mi madre ya solucionó el problema por sí sola. Ahora solo necesito cargar los boletos. Acá está la tarjeta…Y…Acá tengo plata- decía la joven mientras colocaba ambas cosas sobre el mostrador de vidrio.

-No. Lo lamento- respondió la empleada-; si no vas a abortar no te puedo vender boletos. Política de la empresa- dijo, mientras escribía algo en la computadora.

-Pero…Si me dijiste que abortar era inmoral y hasta casi…No sé…Parecías ofendida- comentaba la liceal, un poco desconcertada por lo que le decía la burócrata.

-¿Sabés qué pasa, nena?- dijo la empleada sin quitar la vista de la computadora- hay cosas que no me cierran y me hacen sospechar de vos, ¿sabés?- la empleada aun seguía con la mirada en la computadora, pero había dejado de escribir.

-¿Qué cosa? ¿De qué habla?

-Y mirá, primero me dijiste que querías cargar la tarjeta y abortar. Después que el aborto no era para vos sino para tu madre, y ahora que sólo querés cargar boletos… ¿Sabés qué? Yo no te vendo nada, bipolar de mierda.

-Pero ¿qué tiene que ver eso de bipolar conmigo? Yo no soy bipolar- comentó Tiroides con sorpresa y fastidio. Además la bipolaridad en todo caso, no es cambiar de opinión.
-Eso es justo lo que diría una persona bipolar. Después, claro, diría lo contrario- dijo la señora, con una sonrisa de burla (que dejaba traslucir cierto orgullo, pues en su fuero más interno esa frase que pronunció le pareció una genialidad).
-¿Me vende los boletos, por favor?- imploró la joven, cada vez con mayor fastidio.
-No.
-Pero yo solo quiero cargar la tarjeta, nada más.
-Lo lamento, mentirosa bipolar. Tu actitud deshonesta no me agrada. ¡Treinta y siete!- gritó súbitamente la empleada, levantando la vista en busca de la persona que tuviera ese número. A primera vista no la pudo ubicar, ya que la persona en cuestión se encontraba en el piso, fuera de su vista.
-Es el señor- dijo una mujer de mediana edad y pequeño cuerpo (que poseía el número treinta y ocho), señalando al hombre que estaba en el piso-; debe de estar buscando algo que se le habrá caído. Hace como diez minutos que está así. A veces se incorpora, queda de rodillas y luego vuelve al piso.
Tiroides, mientras tanto, tomó violentamente su tarjeta y salió caminando furiosa rumbo al *local de comidas lentas* donde se debía encontrar con su madre.
-Disculpen- dijo el hombre que estaba en el suelo, incorporándose-; estaba orando. Es que soy musulmán. Me llamo Bolo Al Imenticio. Mucho gusto.

-¡Un musulmán! ¡Un musulmán!- gritaban la empleada y la señora de mediana edad y pequeño tamaño- ¡Llamen a seguridad!- exclamaba la señora luego de levantar el teléfono y digitar algunos pocos números.

De inmediato todas las personas que trabajaban en las ventanillas y locales cercanos imitaron el procedimiento de la señora y llamaron por la línea interna a la cabina de seguridad. Nadie respondió.

En ese mismo momento, en el ciber café que está ubicado al lado de la cabina principal de seguridad, uno de los guardias estaba bajando pornografía infantil; el otro, en cambio, se había ubicado en una máquina cercana, no para descargar pornografía infantil, actividad que consideraba tremendamente repulsiva, sino para subirla (él tenía un hermoso galpón donde realizaba filmaciones picarescas con algunos internos en edad infantil de un hogar de huérfanos que su mejor amigo le facilitaba por una módica suma).

-No lo sube más esto...Parece que hace dos días que estoy acá- decía Sidvi Cius, mientras miraba con fastidio la pantalla de la computadora, donde se podía ver la palabra *loading* y una pequeña barra verde que venía a indicar que una foto se estaba cargando.

-Acá la máquina, sin embargo, está bastante rápida- decía Rodolfo, con cierto orgullo-; ya me bajé trece *pics* en veinte segundos.

-¡Pero esto no puede ser! Si es la misma conexión a Internet...Yo voy a hablar con el loco del ciber para ver si me puede ayudar- comentaba Sidvi mientras se encaminaba hacia el mostrador de la entrada del local. Rodolfo, mientras tanto, continuaba descargando fotos, al tiempo que le comentaba por lo bajo a una señora que estaba sentada a su derecha que la pornografía infantil de hoy si bien tiene muchas

ventajas tecnológicas, ha perdido en espíritu y en contenido artístico. La señora sudaba mucho y no hacía contacto visual.
-Hola. Disculpá- dijo Sidvi, interrumpiendo una conversación que el dueño del ciber estaba teniendo vía chat-; estoy tratando de subir unas fotos de pornografía infantil y la máquina demora horas y horas en cargar…¿Hay algo que puedas hacer?
-Sí. Llamar a seguridad. Eso que hacés es inmoral, hijo de puta- dijo el hombre, levantando el tubo del teléfono.
-Yo soy de seguridad- comentó con desdén Sidvi, señalando la insignia estampada en su uniforme marrón que decía, efectivamente, "seguridad"- y la verdad que no me pienso detener a mí mismo.
-Entonces andate de mi local. Me reservo el derecho de admisión- respondió fastidiado el dueño del comercio.
-Me discriminás por mis opciones sexuales. Eso está penado por la ley, ¿sabés?- decía Sidvi, mientras se dirigía hacia la máquina que estaba utilizando para agarrar su bolso, despedirse de Rodolfo e irse.
Rodolfo estaba discutiendo con la mujer y no dio noticias de haber oído a su compañero. Éste, de cualquier modo, abandonó el lugar velozmente.

-¡Cuarenta y dos!- gritó la mujer desde atrás de la mampara de vidrio. Curco miró el papelito que sostenía en la mano, y certificando que coincidía con el número que la señora había gritado, se acercó a la ventanilla. La mujer le dedicó una mirada rápida. Curco la dedicó una mirada inquisidora.

-¿Cómo terminó el partido?- preguntó la señora.

En ese momento Curco se dio cuenta que aun llevaba la ropa azul con la que lo habían vestido los fanáticos del Rojo del Norte.

-Ganamos uno a cero- se limitó a decir, entregándole el papelito con el número cuarenta y dos inscripto en él, justo debajo de la frase "gracias por elegirnos".

-Ya era hora de que les ganáramos- dijo la señora, mientras tomaba el papelito para certificar que se tratara efectivamente del número correcto-; ¿en qué puedo ayudarlo?

-Me gustaría informarme acerca de los horarios del tren. ¿Pasa alguno por la estación próximamente?- preguntó Curco.

-¿De carga o de pasajeros?

-De pasajeros.

-¿Y con qué destino?

-Cualquiera.

-Déjeme ver- dijo la señora, buscando en la computadora-; no, de pasajeros nada. Era evidente.

-Y si era evidente, ¿por qué me preguntó "de carga o de pasajeros" y "con qué destino"?

-Protocolo.

-Entonces no hay trenes que pasen por acá.
-Bueno...Eso no es tan así. Podría arreglarse- dijo la señora, arqueando las cejas y mirando con picardía.
-Pero afuera de la estación un tipo me dijo que no pasaban trenes de pasajeros por acá. Me dijo que hace veinticuatro años que dejaron de pasar.
-Ese debe haber sido el viejo Calígula. No le haga caso, él es muy de exagerar las cosas- dijo la señora, acompañando sus palabras con un gesto facial muy gracioso.
- Pero usted misma dijo que no pasaban trenes de pasajeros por acá.
-Sí. Es verdad. Pero también dije que se podía arreglar, ¿no?
-Claro. Eso también lo dijo. Y la verdad es que no entiendo.
-Bueno, le explico, señor- comentó la mujer, posando la vista en los ojos de Curco-; acá todo puede arreglarse si acordamos en el precio.
-¿Usted está insinuando que debería darle dinero, como, digamos, en una coima?
-No lo estoy insinuando. Lo estoy sugiriendo. Acá todo funciona así.
-¿Y de cuánto estamos hablando?
-Mil pesos.
-¡Eh! ¡Eso es demasiado! ¡Si el pasaje no sale más de veinte pesos!- exclamaba Curco mirando alrededor en busca de miradas cómplices que no encontró (porque no había nadie más alrededor).
-Bueno, si al señor no le convence mi propuesta puede buscarse otra ventanilla de información- dijo ella, con cara de personaje cínico de telenovela venezolana.
-Bueno. Eso es lo que voy a hacer- replicó Curco, permitiendo que su orgullo fluyera.

-Bien por usted- dijo la señora.
-Exactamente- retrucó Curco-; bien por mí.
-Lo felicito- dijo la señora sarcásticamente.
-Gracias- respondió Curco.
-Espero que encuentre algún lugar donde le puedan informar y que la coima sea menor.
-Yo también lo espero.
-Bueno.
-Bueno.
-¿Y por qué no se va de una vez?
-Porque usted, señora, no deja de hablarme.
-Y usted tampoco se queda atrás, conversador.
-Si usted dejara de sacarme conversación, yo me iría con todo gusto.
-Me parece razonable.
-A mí también.
-Ya le decía yo.
-¿Ve? Ese es el problema. Usted me dice cosas, y yo no me puedo ir.
-Como poder irse, caballero, puede irse. Sólo que usted no lo hace.
-Si tan solo dejara de hablarme y decirme lo que puedo y no puedo hacer, yo me iría.
-Bueno. Estoy de acuerdo- dijo la empleada, sonriente.
-Bien. Me reconforta saber que nos entendemos.
-Sí, a mí también. ¿No es maravilloso poder comunicarnos de esta manera? Es como ser más humanos, en cierta medida.
-Es verdad. Y mucho más en estos tiempos donde la comunicación entre las personas ha quedado tan relegada.

-Yo estoy chapada a la antigua, pero a pesar de todo, no puedo contener mis deseos de…De invitarlo a salir- dijo la señora, sonrojándose al terminar la frase y bajar la vista.
-No hay nada de lo que avergonzarse. Los tiempos han cambiado, y a pesar de ser un hombre hecho y derecho, grandecito ya, estoy completamente a favor de la igualdad de género. Y creo que esto que acaba de hacer usted es muy importante y meritorio.
-Entonces… ¿Acepta mi propuesta?- titubeó la mujer.
-Claro que acepto, señora…
-Yonira Mone.
-Acepto su propuesta, Yonira. Y yo, por cierto, me llamo Curco Vein- dijo el hombre, haciendo una breve reverencia.
-Ah…Qué lindo nombre. Curco. Curco. Curco- repetía Yonira, tratando de memorizarlo.
Luego de unos minutos más de presentaciones intercambiaron números telefónicos y decidieron continuar con sus tareas; Yonira atendiendo al público que ya se había aglomerado detrás de Curco y que comenzaba a demostrar fastidio por la demora en la atención, y Curco que decidió rumbear hacia otra ventanilla de informes para obtener los datos que buscaba por una suma menor que en la ventanilla en la que se encontraba; tenía claro que no se debe mezclar amor y negocios, por más que también consideraba que era muy pronto para hablar de amor. Esos pensamientos poblaban su mente cuando abandonó el lugar, mirado tímidamente por Yonira desde el otro lado de la ventanilla.

5

A medida que Tiroides se acercaba a la *zona de ascensores y escaleras* que comunican planta baja con el primer piso la aglomeración de gente aumentaba. Primero debió concentrarse en esquivar a un número limitado de personas, pero cuanto más avanzaba, las variables a tener en cuenta aumentaban. Había más gente, menos espacio, menores posibilidades de movimiento, tránsito más lento y mayor fastidio; la paciencia se agota rápidamente cuando las personas son demoradas en sus desplazamientos por otras personas, que a su vez son demoradas por otras personas, cuyo paso es entorpecido por otras personas que están ubicadas más adelante, de modo tal que escapan del campo visual de los demorados de atrás y nada molesta más a un ser humano que ser demorado por otras personas que no pueden ver ni culpar.

La gente comenzaba a impacientarse. Tiroides no tanto. Lo que la fastidiaba bastante no era la espera, sino los constantes manoseos de los que era víctima en la aglomeración de personas. Primero creyó que se trataba del muchacho de barba, pero luego se dio cuenta que alguien que llevaba mate, termo, una mochila, un bolso y un bebé en brazos, no podía manosearla (mucho menos cuando el manoseo se parecía más a un desesperado intento de perpetuar la especie humana que a un abuso de montonera). No podía ser él. Tardó unos segundos la joven en descubrir de dónde venían los manazos que se iban a estrellar contra sus nalgas, por debajo de la pollera: a pesar de lo que creyó en primer momento, no se trataba de un hombre, sino de una mujer, y una mujer entrada en años, de pelo gris, con ojos lujuriosos y una cara resquebrajada; resaltaban los pómulos arrugados y una boca

que parecía un receptáculo de saliva, que ordenadamente salía en forma de hilo, por las comisuras de los labios. Tiroides, como pudo, logró zafarse de los manoseos de la señora (que al ver a la liceal escapar se dedicó a manosear al bebé que el tipo de barba llevaba en brazos; luego el hombre protegió a su bebé, y la señora debió conformarse con manosear la mochila) y cambió su posición. Ya no estaba siendo víctima de abusos, pero los desplazamientos no variaban su velocidad.

Una media hora más tarde, cuando ya había recorrido diez metros, se vio en condiciones de elegir qué camino seguir: esperar a que se desocupara uno de los ascensores donde se amontonaba una cantidad importante de gente, o subir por las escaleras mecánicas, donde si bien había aun más gente, el tránsito parecía ser un poco más fluido. Tiroides optó por la segunda opción. Como pudo fue rompiendo filas hacia la izquierda y se puso en posición de espera para subir la escalera. Segundos después, ya había logrado subir. Los mecanismos funcionaban a la perfección y la escalera la llevó, junto a un grupo de unas cuarenta personas, hasta el piso de arriba.

Al llegar debió escabullirse rápidamente y colocarse en un lugar estratégico (contra una de las paredes laterales) para estar en condiciones de ubicar visualmente el *local de comidas lentas*, donde debía encontrarse con su madre. Con alguna dificultad, parándose en puntas de pie, o dando algunos ágiles saltos, logró ver por encima de las cabezas del resto de la gente y ubicó el local. Abriéndose paso entre la gente que, a medida que se alejaba de la *zona de escaleras y ascensores* parecía ser cada vez menos, consiguió desplazarse hacia el *local de comidas lentas*, donde su madre la esperaba.

Durante el camino pensó en enviarle un mensaje de texto para asegurarse de que su madre estuviese allí, pero se arrepintió porque ya estaba demasiado cerca; solamente caminó en dirección a la puerta de entrada del local decidida a entrar.

En la entrada podía verse un gran cartel que decía *local de comidas lentas* y otro más pequeñito, debajo, que decía *abierto*. Tiroides entró por la puerta principal con paso seguro, y una vez dentro comenzó a buscar a su madre con la vista. Entre las muchas mesas y las pocas personas que había en el lugar, no tardó en ubicar a su madre, que se había parado y movía su mano derecha de forma vehemente mientras que con la izquierda sostenía algo, que en ocasiones mecía con ternura. Tiroides se acercó a su madre, y fue allí cuando reparó en el tamaño del local; no fue hasta que comenzó a caminar rumbo a la mesa donde se encontraba su madre cuando notó que la zona donde se ubican los clientes estaba muy lejos de la puerta de entrada, y eso que el trayecto desde la puerta hasta las mesas es tan solo el 25% del recorrido total.

-Por fin llegaste- dijo la mamá.

-Sí...Me costó mucho llegar. Estaba lleno de gente en el piso de abajo. ¿Salió todo bien?

-¡Sí! Mirá. ¿No es lindo?-dijo la madre, desenrollando una pequeña servilleta de tela que cubría un feto.

-Sí, es lindo.

-Sí. Es más que lindo, es per*feto*- comentó la madre, con una sonrisa.

Ambas rieron a carcajadas durante unos minutos. El feto no rió, principalmente porque no tenía cara.

-¿Y conseguiste ya la tenencia permanente?- preguntó Tiroides.

-Sí, mi amor. Hoy ha sido un día genial. Esto hay que festejarlo. Vamos a comer algo rico, ¿si?- comentó la madre, con una sonrisa contagiosa.
-¿Querés que vaya a pedir al mostrador?-preguntó la joven.
-Bueno mi amor, te agradecería; es que esto de estar contenta cansa- dijo la madre, volviendo a sentarse. Luego, mientras Tiroides comenzaba a caminar hacia los mostradores de atención al público, cubrió nuevamente al feto con la servilleta.
De pronto Tiroides se detuvo, a unos diez metros y giró con una sonrisa.
-Me olvidé de preguntarte qué pido. Hamburguesas, ¿no?
-Sí, seguro. Hamburguesas- dijo la madre, embobecida mirando al pequeño feto acurrucado en la servilleta.
Tiroides sonrió al ver a su madre tan feliz y siguió su camino.

El *local de comidas lentas* tenía la particularidad de estar diseñado para que el servicio fuese realmente lento; no ineficaz, lento. Para llegar desde la *zona de mesas* donde la gente se instala para comer hasta la *zona de mostradores*, se necesita paciencia y capacidad de concentración. En el local no hay mozos, por lo que los clientes deben acercarse hasta el mostrador y pedir el plato que desean comer (generalmente hamburguesas). Este simple trámite burocrático puede tardar horas. Y eso si el cliente consigue llegar al mostrador. Porque si bien no hay mozos atendiendo los pedidos, los hay tratando de impedir que la clientela llegue a los mostradores con facilidad; esa es su tarea, impedir (con las limitaciones propias del respeto a los derechos humanos que el *local de comidas lentas* orgullosamente

defiende) que los clientes alcancen rápidamente los mostradores. Muchas veces los confunden dando indicaciones falsas, mientras que en otras ocasiones simplemente los espantan o persiguen.

Además las autoridades del local instalaron un sistema de laberintos, trampas en el piso, puertas sin picaporte, puertas con picaportes electrificados (levemente electrificados), cientos de cucarachas y ratas que deambulaban por el lugar, bolitas estratégicamente colocadas en el suelo para provocar caídas que vengan a retrasar a los clientes , perros guardianes a los que rara vez se alimenta, y finalmente ebrios con pistolas de alto calibre y petacas de whiskey suministradas gratuitamente por los mozos del lugar.

Tiroides miró hacia atrás, y pudo ver a lo lejos a su madre sentada en una silla, amamantando a su feto. Cuando volvió su cabeza hacia adelante, se encontró con tres angostas entradas que aparentemente permitían el acceso a unos pasillos de similar tamaño, y que tenían colgado en la parte superior la frase *entrada a la zona de pedidos*.

A primera vista las tres entradas parecían iguales, de modo que Tiroides tomó la de la izquierda, que era la que tenía más cerca. Una vez dentro del pasillo pudo ver la blancura de las paredes, y las baldosas cuadradas, de un amarillo opaco, sobre las cuales se estaba desplazando. A medida que se internaba en el pasillo, la iluminación iba disminuyendo, al tiempo que el techo parecía estar más cerca del piso. Unos pocos pasos después, Tiroides vio con asombro que el lugar oscurecía; el pasillo estaba en tinieblas.

La joven dobló un par de veces por pasillos vecinos, siempre tratando de avanzar. Esquivó pequeños charcos de agua podrida (que en realidad escondían un complejo dispositivo que provocaba choques

eléctricos a quien pisara el charco), pero tenía la impresión de que no estaba avanzando hacia los mostradores. En algún momento pensó en regresar, pero a riesgo de perderse por completo, desistió. La oscuridad ya era total, y el miedo de la joven también. En ocasiones debía apoyar sus manos contra las paredes para caminar mejor, porque sus desplazamientos se hacían torpes a causa de la falta de luz; era en esos momentos donde sentía mayor miedo y asco, pues en repetidas ocasiones sus manitos hicieron contacto con algunas cucarachas que deambulaban por las paredes de las zonas más oscuras. Algunas cucarachas parecían decididas a tomar venganza, al menos aterrorizando a la joven con unos desagradables quejidos que la sugestionable liceal interpretaba como violentas amenazas.

El camino era un tormento, y no fue hasta que Tiroides vio unos potentes rayos de luz atravesar el pasillo al que desembocaba el suyo, que dejó de serlo. *Esa es la salida* pensó. Y al llegar al pasillo iluminado no dudó en correr rumbo al lugar desde el cual provenía la luz. Luz que resultó ser natural: eran rayos solares.

Una vez fuera del laberinto toda esperanza de encontrar los mostradores había desparecido, pues ya a primera vista se notaba que estaba al aire libre y no dentro del *local de comidas lentas*. Era un jardín muy bien cuidado, donde abundaba la vegetación en diversas tonalidades de verde y había flores; la mayoría de éstas eran de color amarillo, y había una buena cantidad de color naranja; había también rojas, pero eran la minoría.

A medida que Tiroides se adentraba en el jardín, éste iba tomando forma de monte; había árboles, pinocha, arena; si se prestaba

atención, podía escucharse el ruido del mar y algunos pájaros cantando a lo lejos.

-¡Y rasguuuuuña las piedras! ¡Y rasguuuuuña las piedras!- chillaba un hombre de barba y pelo largo acompañándose con una guitarra a la que le faltaban dos cuerdas. Había cuatro personas más, todas alrededor de una fogata, cantando la misma canción. Eran, a las claras, hippies.

-Hola-dijo tímidamente Tiroides.

-¡Hola!-gritó una de las presentes-soy Luna de Nuestra Gloriosa Pachamama, pero me dicen "Pacha". ¿Vos cómo te llamás?

-Tiroides.

-¿Querés unirte a la fogata?-dijo uno de los hippies, semi desnudo.

-Podés sacarte la ropa y dejarla por acá-completó otro, señalando unas rocas donde había varios pantalones toalla, morrales y algunas bicicletas *Graziela* a contra pedal rodado veinte.

-No gracias-respondió tímidamente Tiroides.

-Bueno, entonces podés sacarte la ropa y dejarla allá-sugirió otro, señalando un árbol del cual pendía una cuerda que de seguro era usada para secar la ropa.

-Yo no me voy a sacar la ropa-afirmó la joven.

-Vamos, no seas tan burguesa cuadradita. No hay nada de lo que avergonzarse. Nuestro cuerpo es nuestro cuerpo, ¿no?- dijo el barbudo de la guitarra, mientras apartaba el instrumento musical y exhibía su maltrecho cuerpo a la muchacha, como para hacerle notar que estar desnudo no era algo del otro mundo.

-No, igual, gracias-dijo Tiroides, visiblemente incómoda con la imagen que había visto.

-Dejen a la muchacha en paz-dijo Pacha, saliendo en defensa de Tiroides-; ¿no ven que es una burguesita cuadrada que no entiende que el mundo material nos está llevando a la destrucción inevitable y no se acepta tal cual es porque ha sido criada para ser una máquina obediente y sumisa al sistema capitalista? Ella no es la culpable; ella es la víctima. Solo necesita liberarse.
-¡Sí!- exclamó otro- ¡Que se saque la ropa para liberarse!
-¡Acá nadie se va a sacar la ropa si no quiere!-intervino el único que no había hablado hasta ese momento-; ¿qué te trae por acá, botija?
-Eh…Estaba buscando los mostradores del *local de comidas lentas*-dijo Tiroides con un hilo de voz.
-¡El *local de comidas lentas*!-exclamaron todos al unísono-¡Todos estamos buscando nuestros propios mostradores!-repetían algunos.
-No entiendo.
-Mirá, corazón-decía Pacha-: ahora mismo estás en el *local de comidas lentas*, sólo que te habrás desviado un poco del camino más directo a los mostradores. Yo misma llegué acá del mismo modo que vos, pero al entrar en contacto con la naturaleza y haber conocido a estos seres maravillosos me decidí a vivir acá para siempre. Al final, lo importante no es el destino, sino el camino recorrido.
Los demás miraban con atención a Tiroides. Ella se mantenía en silencio.
-¿Y cuándo se saca la ropa?-preguntaba el barbudo de la guitarra por lo bajo.
-No me voy a sacar la ropa. Prefiero continuar buscando los mostradores de atención al público-intervino Tiroides-; ¿por dónde puedo seguir?

-Y…La verdad es que no sé. No sabemos. Pero lo que sí podemos ofrecerte es esto-dijo uno de los hombres sacando una mesa llena de artesanías-: tenemos collares contra la envidia, aretes de la esperanza, piedras de colores de la energía, piedras incoloras de la energía…De todo y a buen precio-dijo el hombre, arrimando la mesita hacia Tiroides. Ella, dando un paso hacia atrás le dio a entender que no quería comprar nada, y que además le incomodaba la situación. Luego, emprendió la caminata de regreso al pasillo por el cual salió, con la esperanza de encontrar un modo de llegar a los mostradores y pedir ayuda, o de regresar con su madre.

-¿Y si te sacás la ropa y te la ponés enseguida? ¡Qué sabés si te gusta o no, si todavía no lo hiciste!-gritaba desesperadamente uno de los hombres mientras Tiroides se alejaba velozmente.

-¿Ese no es el Matraca Gutiérrez?- decía uno de los guardias de seguridad, sin estar del todo seguro.
-¡Sí! ¡Ese es el Matraca, Rodolfo!- respondió el otro guardia- ¡Qué grande el Matraca! ¡Matraca!
El futbolista se desplazaba zigzagueante del brazo de su esposa, totalmente ajeno al griterío. Los dos guardias de seguridad, con entusiasmo creciente, comenzaron a caminar en dirección a su héroe deportivo. Una sonrisa amplia podía verse en la cara de ambos garantes del orden mientras veían al ícono deportivo del momento, su héroe y canal de escape de hectolitros de homosexualidad reprimida, a unos pocos metros.
-¡Matraca!! ¡Qué partido, eh!- exclamaba Rodolfo, mientras Sidvi hacía graciosos movimientos con sus manos intentando extraer un teléfono celular del bolsillo delantero de su pantalón.
-Sí…Qué partido, eh- respondió el Matraca. Sidvi ya había sacado su celular y estaba apretando los botones de forma desesperada, con mirada sugerente.
-Mi amor- dijo la esposa del Matraca dando un paso al costado- creo que los señores quieren sacarse una foto contigo.
-Sí…Creo que los señores quieren sacarse una foto conmigo- respondió el futbolista.
-¿Quiere que yo saque la foto? Así salen los dos- preguntó la mujer.
-Le agradecería, señora- dijo Sidvi, entregándole el celular rápidamente. Luego lo volvió a tomar para darle la esposa del Matraca unas breves instrucciones acerca de su funcionamiento.

-Bueno… ¿Listos?- preguntaba la mujer, mientras miraba por el lente y se aseguraba de que ninguno de los tres quedaran fuera de encuadre- Digan… ¡*A mí me gusta el cine iraní independiente no tanto por el contenido en sí sino más bien porque quiero quedar como un individuo culto que se rebela ante la estupidización cultural de la masa*!
-¡A mí me gusta el cine iraní independiente no tanto por el contenido en sí sino más bien porque quiero quedar como un individuo culto que se rebela ante la estupidización cultural de la masa!-exclamaron sonrientes los guardias. El futbolista mantenía intacta su borrachera y su correspondiente sonrisa. Las ojeras eran cada vez más grandes.
-¡Muchas gracias, señora!-decía Sidvi al ver lo bien que había salido la foto.
-No, por nada- respondía con sonrisa amable la señora, mientras tomaba el brazo de su esposo-; ¿vamos, mi amor?
-¿Vamos, mi amor?- respondió el futbolista, mirando a su mujer.
-Bueno-dijo Sidvi, guardando su celular-… Deberíamos volver a trabajar, ¿no te parece, Rodolfo?
-Sí, sí. Vamos. Muchísimas gracias por la foto Matraca. Y a usted también, señora- decía Rodolfo, acompañando las últimas palabras con una reverencia.

Al mismo tiempo, pero en el otro extremo de la estación, Calígula deambulaba errático por las inmediaciones de las tiendas de tatuajes. Un joven lleno de *piercings* en la cara (que incluían un fémur de cobre atravesado en su nariz) venía observándolo con atención y le dijo:

-Oiga, señor ¿Necesita algo? ¿Se encuentra bien?
- Sí, mijo-respondió Calígula, agitado-; es que no me acostumbro a las refacciones de la estación. Y este aire que te congela. Y estos pisos encerados que son un peligro para una persona de mi edad. Porque aunque no parezca, una caída en alguien de mi edad puede ser un gran problema, por la cadera sobre todo. Sin ir más lejos el otro día, cuando iba a lo del Alberto, allá en las viviendas del Mesa Dos, me vino un bajón de presión o algo de eso, un patatús, de repente, y se me nubló la vista, todo se movía y yo terminé en el piso. Suerte que había unas personas de bien en la calle en ese momento y me ayudaron; porque se podrá decir de todo sobre el barrio, pero que algunos valores se mantienen se mantienen, de eso no quedan dudas.
-Claro.
-Claro- respondió en seguida Calígula.
-¿Y por qué viene, si le hace tan mal el lugar?
-Buena pregunta, mijo. Es que yo trabajo en mantenimiento, allá afuera, y entro solo por razones de fuerza mayor- y con los ojos bien abiertos completó-: por razones religiosas.
-Ah-dijo el muchacho bajando la mirada-; usted es de los del culto.
-En efecto.
-El ritual del día de hoy se realiza allí-dijo el muchacho, con la mirada clavada en el piso, señalando la tienda ubicada justo frente a su posición.
-Ah, bueno mijo. Muchas gracias. Ha sido muy amable.
-Señor-dijo el joven, haciendo una leve reverencia-: que tenga un buen día.

Calígula giró con dificultad y se dirigió al lugar que había señalado el muchacho. Una vez frente a la puerta, golpeó tres veces.
-Contraseña- se oyó decir desde el otro lado.
-Cachiporra- dijo Calígula, con la seguridad del que realiza trámites burocráticos como ese, frecuentemente.
-Adelante- se oyó decir. La puerta se abrió, y Calígula entró al lugar.

Dentro las personas estaban vestidas únicamente con taparrabos, y trotaban y bailaban en círculo, en torno a una licuadora que un hombre vestido con pieles de animales salvajes estaba a punto de sacrificar con un martillo. Todos producían unos monótonos y constantes sonidos guturales mientras continuaban trotando. El brujo, u “hombre que sabe”, como le llamaban los ritualistas, una vez sacrificada la licuadora con un contundente martillazo, se unió a los demás en el baile; Calígula, calculando el *timing* de la ronda, se introdujo en la ceremonia sin problemas. El ritual duró hasta el amanecer.

No fue hasta que Curco pasó por delante del *local de comidas lentas* cuando se dio cuenta que la cantidad de gente en la estación había disminuido sensiblemente en el correr de los últimos diez minutos. Dentro del *local de comidas lentas* en cambio, como pudo verificar mirando a través del ventanal, había una gran cantidad de gente; hasta llegó a fantasear con la idea de que por algún extraño motivo las personas hubiesen optado por ingresar allí, o tal vez hubiesen sido obligadas por alguna razón. De pronto, al ver a unos quince metros una de las ventanillas de informes todo pensamiento relacionado con la aglomeración de gente quedó a un lado. Vigoroso, Curco aceleró el paso.

Al llegar, se encontró con dos personas que esperaban ser atendidas, pero no se podía ver a nadie detrás de la ventanilla.

-Cómo demora- decía uno de los hombres.

-Tranquilo, tranquilo- repetía el otro, mirando de reojo hacia dentro de la ventanilla-; es que el muchacho que atiende sufre de una patología muy extraña y a veces se ausenta un rato. No recuerdo el nombre de lo que tiene, pero creo que el asunto es que no entiende las metáforas; para la gente como él, todo lo que se dice es literal- comentaba el hombre, acodado al angosto mostrador. Curco se colocó detrás de él, dando forma a una incipiente fila. El hombre lo miró de reojo rápidamente, y luego siguió como si nada.

Los tres quedaron en silencio durante unos minutos; nadie hablaba, cada uno de ellos se entretenía de algún modo. Por momentos Curco posaba su mirada en los carteles y papeles que contenían avisos para

los usuarios e información de horarios, precariamente colgados en las paredes. El hombre que se encontraba inmediatamente delante de Curco, miraba el suelo, y la punta de sus zapatos; a veces realizaba algunos movimientos, que por su reiteración casi mecánica daban la impresión de ser tics nerviosos. El hombre que estaba más cerca del mostrador, precisamente apoyado en él, se entretenía mirando un papelito que parecía ser una receta médica; lo doblaba una y otra vez, y luego lo abría y volvía a empezar.

En el ambiente podía sentirse la incomodidad de los tres hombres silenciosos, en especial de los dos que se encontraban a mayor distancia del mostrador, pues eran éstos los que tenían mayor panorama de la situación, y podían ver la impaciencia en por lo menos uno de los otros dos hombres; en el caso del hombre acodado al mostrador la incomodidad se veía reducida en la medida que su visión de los otros dos hombres era nula.

En el momento en el que la ruptura del silencio se hacía inminente, el empleado que se encargaba de atender al público en esa ventanilla apareció, lentamente.

-Buenas tardes- dijo el empleado –; disculpen la demora, estamos en reestructura interna. ¿En qué puedo ayudarlo?

-Bueno, necesito que me firme esta receta médica para poder retirar mi medicación- dijo el primero de la fila, agitando suavemente el papelito amarillo. El empleado tomó una lapicera azul, y descorrió el cristal que impedía todo traspaso de objetos de un lado a otro de la ventanilla.

-Si no le importa, por favor, deme su documento de identidad-dijo el empleado, extendiendo su brazo izquierdo, con la palma de la mano

abierta, en dirección a su interlocutor, agachando la cabeza para mirar una planilla que tenía sobre el mostrador.
-Aquí tiene-dijo el hombre, entregándole la cédula.
-Muy amable- dijo el empleado, complacido con la velocidad del cliente para cumplir sus órdenes. Tomó la lapicera y, mientras esbozaba una sonrisa cortés, firmaba la receta.
-Ya está-dijo el empleado- ; ahora puede ir a retirar su medicación.
-¿Y no me entrega la cédula?-interrogó el cliente, suponiendo que el empleado se habría olvidado de entregársela una vez firmada la receta.
-De ningún modo. Hasta que usted no venga acá, con sus remedios retirados, no hay devolución de nada. ¿Dónde se ha visto que una persona que da algo, lo pida inmediatamente?- comentaba con voz monótona el empleado. El cliente, confundido, salió rumbo a la farmacia que se encontraba a unos pocos metros para retirar los medicamentos y regresar a la misma ventanilla, cuya ubicación debió memorizar al alejarse, para recuperar también su documento de identidad.
El segundo cliente era mucho más agradable y conversador. Cuatro personas se habían colocado entre tanto detrás de Curco en la fila.
-Qué día para estar acá adentro-comentaba el cliente.
-Sí- respondía sonriente el empleado -; ¿en qué puedo ayudarlo?
-Bueno, necesitaría hora con el doctor, porque estoy sufriendo de algunos mareos.
-¿Y a qué se deben? ¿Alcoholismo, quizás?- preguntaba el empleado, con aparente interés.

-No, no. Alcoholismo no. Yo no tomo ni una gota de alcohol; debe ser el calor. Acá hay aire acondicionado, pero con tanta gente se hace difícil mantener el lugar fresco. En estos días la estación parece que fuera a explotar en cualquier momento- comentaba el cliente, revolviendo uno de sus bolsillos. El empleado había quedado pálido.
-¡Mirá cómo está esa!- exclamaba un muchacho de los que estaban detrás de Curco. Una petisa caderona de pulposos atributos pasaba a unos diez metros de distancia.
-¡Eso es una bomba!- exclamó otro, que demoró en darse vuelta a mirar lo que miraban los demás.
-¡Una bomba!-exclamó el empleado, asomando su cabeza por el espacio de la ventanilla, para ver mejor.
-¿Y vos por qué no mirás? ¿Qué hacés en el piso?- le preguntaba uno de los muchachos al último de la fila, Bolo Al Imenticio.
- Estoy acá orando. Soy musulmán- comentaba Bolo, sin levantarse.
El empleado miró alarmado.
-Es una bomba de tiempo. Mirá como se mueve- insistía uno de los muchachos.
-¡Un musulmán con una bomba! ¡Un musulmán con una bomba!- gritaba el empleado, desesperado. En segundos se armó un gran revuelo en las tiendas cercanas.
-¿Qué pasa?-preguntó una señora, en la *tienda de adornos japoneses*.
-Parece que un musulmán puso una bomba- comentaba la asistente de ventas de la *tienda de violines austríacos* que había salido unos segundos antes para enterarse cuál era la razón de tanto revuelo.
El empleado había accionado la alarma. Los dueños de los otros lugares, habían hecho lo mismo. En un minuto y medio el lugar

estaba lleno de policías a caballo que golpeaban con sus porras a todo aquel que se les cruzaba en el camino; no encontraron demasiada resistencia, en especial luego de que lanzaron gases lacrimógenos. La gente corría en todas las direcciones posibles; la mayoría pudo huir con facilidad. La minoría fue molida a palos, y luego llevados a la seccional más cercana.

-¡Dígame en qué puedo ayudarlo, mi amigo!-gritó el farmacéutico.

-Necesito estos medicamentos- dijo el cliente, extendiendo el papelito amarillo donde podía leerse los nombres de los medicamentos de puño y letra del doctor CiyeIrramone. El cliente no podía esconder su asombro ante la euforia del farmacéutico, aunque lo intentaba por todos los medios que tenía a su alcance.

-¡El doctor CiyeIrramone! ¡Qué bueno! ¡Es un gran profesional!- gritaba el farmacéutico, tomando el papelito amarillo. Luego lo apoyó en el mostrador, sacó un frasquito de alcohol rectificado y le dio unos tragos.

-¡Esto te cura todo! ¡Te limpia hasta el alma!-exclamó el farmacéutico.

-Claro, claro- comentaba el cliente, empecinado todavía en ocultar su incomodidad y su asombro.

-¿Me permite la cédula de identidad? ¡Por favor!

El cliente se sobresaltó por el cambio de tono tan radical del farmacéutico.

-Mi cédula está en ventanilla-dijo escuetamente el cliente-; la tuve que dejar ahí para que me pusieran el sello en el papelito.

-¡Ah! ¡Pero qué pena! ¡Va a tener que ir hacia la ventanilla a recuperar su cédula para que yo le pueda dar los medicamentos!

-Pero, eso va a ser un problema. ¿Sabe lo que sucede? El señor de la ventanilla me dijo que me entregaría la cédula ni bien yo le mostrara los medicamentos que vengo a retirar, para los cuales me había firmado el papelito. ¿Me entiende?

-¡Claro! ¡Claro que lo entiendo! ¡Pero no va a ser posible que le entregue los medicamentos si no tengo la cédula de identidad que venga a demostrarme que usted es, en efecto, usted!-dijo el farmacéutico dando otro trago al alcohol rectificado. Luego se secó la boca con la manga de su túnica blanca.
-¡Pero lo que se puede hacer es que usted vaya a la ventanilla y recupere su cédula de identidad y regrese para que yo le de sus medicamentos!
-Pero el señor de la ventanilla fue muy claro al decirme que sólo me devolvería la cédula si le llevaba estos medicamentos, y si usted no me los da, no voy a poder recuperar mi cédula.
-¡Hagamos esto! ¡Yo le hago esta nota diciendo que yo, el farmacéutico, lo autorizo a retirar su cédula a los efectos de poder retirar sus medicamentos!
-Bueno. Le agradezco entonces. Ya regreso.
-¡Cuando me traiga la cédula se lleva sus medicamentos y la recetita amarilla también!
El cliente salió del local, después de algunos accidentales forcejeos con una señora que intentaba entrar a la farmacia por la misma puerta y al mismo tiempo que el cliente pretendía salir. Se trataba de la madre de Tiroides. Llevaba el feto en brazos.
-¡Esto es una urgencia! ¡Necesito un chupete para mi feto!-gritaba la señora.
-Calma señora, ya le consigo uno-dijo el farmacéutico, susurrando.
El feto lloraba como si estuviese sufriendo un ataque de nervios; al mismo tiempo, su madre, intentaba comunicarse con Tiroides a su

celular. Pero no lo conseguía. Tiroides no atendía y en un determinado momento la señora se quedó directamente sin señal.

Entre tanto el farmacéutico regresó con una caja de chupetes de varios colores, todos ellos primarios.

-¡Llevo este!-exclamaba la madre, mientras guardaba el celular en uno de los bolsillos de su chaqueta y extraía el dinero para pagar del otro.

-¿Y cuál lleva, señora?-preguntó aun susurrando el farmacéutico. ¿Tal vez este?-dijo el hombre, señalando a otro de los chupetes.

-¡Sí, sí! ¡Ese está bien!- gritó la madre, cambiando en un rápido movimiento el dinero por el chupete. De inmediato se lo colocó en la boca al feto, y éste se quedó callado, aparentemente feliz.

La mujer se retiró, luego de despedirse con una reverencia, velozmente. Estaba preocupada por su hija.

En ese preciso momento, pero en una de las ventanillas de atención al cliente, el cliente necesitado de medicamentos conversaba con el hombre de la ventanilla para lograr recuperar su cédula. Estaba exhibiendo la nota escrita y firmada por el farmacéutico.

-Eso no tiene ningún valor- decía el empleado de la ventanilla-; usted perfectamente pudo haber falsificado la letra y la firma del farmacéutico para, de ese modo, recuperar su cédula. No le creo nada. Y no le devuelvo nada.

-Pero el farmacéutico me dijo que con esto bastaba. Y me dijo que cuando recuperara la cédula, luego de mostrarle la nota que él escribió y que usted puede ver acá, regresara a la farmacia para poder retirar los medicamentos-dijo el cliente, sin poder ocultar su desesperación. No quería ocultarla tampoco.

-Bueno. ¿Sabe qué? Hoy me agarró bueno-dijo el empleado desde el otro lado de la ventanilla-; muéstreme por favor la receta y le entrego la cédula. Con la condición, claro, de que pase por acá luego de recoger los medicamentos para certificar que ha cumplido con todos los requisitos.
-La receta quedó en la farmacia-dijo el cliente, pálido.
-Y bueno. Veo que ya no hay nada que pueda hacer por usted-dijo el empleado. Acto seguido, cerró bruscamente la ventanilla y se alejó de la vista del cliente. Luego regresó y se quedó parado frente a él, que seguía en el mismo lugar, incrédulo. Los separaba la ventanilla cerrada, pero eso no impedía que se pudieran mirar. El cliente intentaba comunicarse con el empleado; no perdía las esperanzas de hacerlo entrar en razón y recuperar su cédula ahora que había regresado luego de ese impetuoso cierre de ventanilla. El empleado, en cambio, no respondió a ninguno de los intentos de comunicación del cliente.

Estuvieron mirándose durante cinco minutos. Por momentos el empleado parecía estar jugando al serio, pues su expresión adusta así lo hacía parecer; el cliente, en cambio, intentaba comunicarse con el empleado para recuperar su cédula, pero en ningún momento se rio. De modo que no queda claro si el cliente, además de intentar comunicarse con el empleado, estaba dispuesto a vencerlo en el juego que la otra parte en cuestión había iniciado.

Desde el otro lado de la ventanilla el empleado comenzó a realizar morisquetas para tratar de hacer reír al cliente y ganar el juego, pero no lo consiguió. Es decir, hizo las morisquetas, eso sí lo consiguió; no pudo hacer reír al cliente. Lo intentó por un tiempo, pero al verse

empleando una estrategia inútil, regresó a su anterior postura más adusta y defensiva. –Si no lo puedo hacer reír, al menos voy a utilizar todas mis fuerzas para impedir que él me haga reír a mí-pensó el empleado.

El cliente, mientras tanto, comenzó a golpear la ventanilla desesperadamente. En uno de sus bruscos movimientos (un golpe de puño al medio de la mampara que lo separaba del empleado) casi produce una sonrisa en el contendiente. Se trataba tan solo de humor físico involuntario, y hasta podría llegar a sugerirse que su interés no estaba en provocar la risa, sino más bien en romper la ventanilla.

La furia del cliente se iba acrecentando y la ventanilla, si fuese un ser pensante y tuviese la capacidad de comunicarse y expresar sus sentimientos, podría testificar ese fenómeno de furia creciente.

-Está desesperado. Es el momento de hacer una morisqueta y ganar la partida-pensaba el empleado.

De pronto, algo sucedió. –Esto es muy riesgoso-pensó el empleado, y decidió abortar la idea de la morisqueta. De acuerdo con su idea, se trataba sólo de una cuestión de tiempo. De tiempo y de concentración. La clave estaba en la defensa; primero hay que asegurarse de que uno no va a reírse, y luego se puede pensar, llegado el caso, en atacar con una morisqueta o alguna caída de ojo hilarante.

El doctor Ciye Irramone salía de su consultorio ubicado en el segundo piso de la estación, al lado del *local de comidas macrobióticas para canarios*, y lo hacía de un modo muy curioso: al mismo tiempo que cerraba con llave la puerta de entrada a su local, guardaba en un bolso de cuero marrón una serie de papeles. Lo curioso es que su vista estaba posada en el bolso, sus pensamientos estaban ya en su hogar, su mano derecha cerraba la puerta con llave y la izquierda depositaba papeles.

Caminó unos pasos una vez cerrada la puerta del consultorio, con su vista aun posada en el bolso colocó las llaves en uno de los bolsillos de sus pantalones y terminó de cerrar el bolso marrón. Cuando miró hacia adelante, se encontró con una mujer de unos treinta años que venía caminando a unos cuantos metros de distancia, con la mirada posada en él. El doctor volvió a bajar la mirada para tomar uno de los tirantes del bolso y colgárselo; cuando volvió a mirar hacia delante, la mujer ya se encontraba lo suficientemente cerca como para dirigirle la palabra. Parecía tener intención de hacerlo.

-Doctor Irramone, ¿verdad?-dijo la mujer, extendiendo su mano derecha, para estrecharla con la mano derecha del doctor Irramone.

-El mismo-respondió él, extendiendo su mano.

-Mucho gusto.

-Encantado. ¿En qué puedo ayudarla?-dijo el doctor, intrigado.

La mujer, que antes lo miraba a los ojos, ahora posaba su vista en el bolso.

-¿En qué puedo ayudarla?-repitió el doctor.

-Por casualidad, ¿ese no será un bolso de cuero, no?-preguntó la mujer, sin prestar atención a la pregunta que el doctor le había realizado.
-Bueno, no sé, creo que sí.
-Usted colabora con el asesinato de animales-dijo la mujer-¡Colabora con el asesinato de animales! ¡Asesinato de animales! ¡Asesino de animales!-gritaba la mujer, desaforada.
El doctor Irramone miraba incrédulo. En ese momento parecía imposible que algo apartara la atención del doctor Irramone de la mujer que gritaba, cada vez más fuerte. Sin embargo, cuando los vidrios del *local de instrumentos de música tradicional húngara* estallaron en pedazos y un grupo de ocho hombres armados y encapuchados aparecieron, la atención del doctor sí que se vio apartada de la mujer gritona.
Los hombres, en cuestión de unos pocos segundos, se encontraban formando un círculo alrededor del doctor, apuntándolo con sus ametralladoras y escopetas de caño recortado. La mujer había quedado por fuera del círculo.
-Así que vos colaborás con el asesinato de animales-dijo uno de los encapuchados, que tomó la palabra primero.
-Vamos a matarlo-exclamaron otros dos, entusiasmados.
-¡Yo no sabía nada de esto que están diciendo!-se defendía el doctor.
-Eso dicen todos- respondía un cuarto encapuchado.
-¡No! ¡Por favor, se los ruego! ¡No me maten!-gritaba el médico.
Ante un gesto con la mano del encapuchado que había tomado la palabra en primer lugar, un camarógrafo entró por donde habían entrado los ocho encapuchados en primera instancia.

-¡Esto es una cámara oculta para *Locos del humor*!-exclamaba el camarógrafo.

Todos reían, con excepción del doctor, que suspiraba aliviado.

Luego de un momento de relajación de tensiones, siete de los encapuchados se quitaron las capuchas, y por lo tanto perdieron la condición de tales, y arrojaron las armas de utilería al suelo. Uno de los encapuchados no tiró su escopeta recortada de utilería al piso, principalmente porque si lo hubiese querido hacer, no hubiese podido, porque su escopeta no era de utilería sino real. Tampoco se quitó el pasamontañas.

-Te voy a matar. Dejaste embarazada a mi hermana, hijo de puta-dijo el encapuchado, apuntando a uno de los ex encapuchados.

-¿Qué decís?-preguntó, aterrado, el ex encapuchado acusado de haber manchado el honor de la hermana del aun encapuchado.

-Dije que te voy a matar porque dejaste embarazada a mi hermana-repitió el encapuchado.

-Y además dijo que eras un hijo de puta-acotó la mujer.

-Vos también, alcahueta, ponete al lado de este-dijo el encapuchado, con un rápido gesto con la escopeta.

Luego, el encapuchado, apuntando al ex encapuchado y a la mujer, les ordenó que se arrodillaran. Lo hicieron. Y también lo hicieron todos los demás, no está claro si por solidaridad o por falta de claridad comunicativa por parte del agresor.

A pesar de los llantos y los ruegos, el encapuchado jaló el gatillo, pero en lugar de una bala, salió una banderita azul que decía “¡Bang!”.

Desde dentro del *local de espejos ahumados* se escuchaban las carcajadas de un camarógrafo que les decía a los presentes, menos al

encapuchado que como cómplice ya lo sabía, que se trataba de una cámara oculta para *Los mosqueteros del chascarrillo*. El encapuchado se quitó el pasamontañas y arrojó su arma al suelo.

El ex encapuchado y víctima de la cámara oculta suspiró aliviado; la mujer, en cambio, comenzó a revolcarse en el piso sufriendo convulsiones. Espuma blanca salía de su boca.

-¡Oh, Margot!-exclamaba uno de los ex encapuchados.

-Yo pensé que se llamaba Irma-dijo otro.

-Eso no importa. ¡Se nos muere!-gritaba un tercero.

Justo cuando el doctor Irramone se disponía a darle asistencia médica a la mujer, dos hombres aparecieron desde el techo y, merced a un complejo sistema de poleas, se balanceaban de un lado a otro del pasillo. Uno de ellos era camarógrafo y cargaba consigo una cámara; el otro, un micrófono negro. El del micrófono, sonriente, comentaba:

-¡Esto es una cámara oculta para *Los cazacarcajadas de la buena onda*!

La mujer, al escuchar esto, se puso de pie, explicó que era cómplice de la cámara oculta y se quitó la espuma falsa de la boca.

Luego, mirando al doctor, y a la cámara, de forma alternada, dijo que había quedado claro que era un buen profesional y que en el programa se haría mención a la prontitud con la cual se dispuso a darle socorro.

Por detrás de ellos, mientras aún se oían carcajadas, aparecieron un oficial de la policía y una niña con su uniforme de la escuela rasgado, a tal punto que podría decirse que estaba semi desnuda.

-Es ese. Ese es el que me violó-dijo la niña, señalando al camarógrafo que pendía de la polea.

Hubo absoluto silencio. La carcajada del camarógrafo se transformó en asombro.
-Yo no violé a nadie-dijo con voz temblorosa el camarógrafo.
-Eso lo determinará la justicia-propuso el oficial de policía, mientras desenfundaba su revólver y se hacía lugar entre los presentes para acercarse al camarógrafo.
-Vení, nena. Acercate y asegurate que sea él-dijo el policía.
La niña, agarrada firmemente del brazo en el que el policía no llevaba la pistola, se acercó al camarógrafo que en ese momento ya se encontraba parado con la espalda contra el local de vidrios ahumados, tembloroso.
-Sí, es él-sentenció la niña, escondiéndose luego de decir eso detrás del oficial de policía. Éste, de inmediato, miró al camarógrafo a los ojos, con desprecio. Luego, posó su mirada en el suelo, pensativo. De pronto, en un arranque de furia se quitó la parte de arriba de su uniforme policial y lo lanzó al piso.
-Hay veces que la justicia se debe hacer por mano propia-dijo el policía.
El camarógrafo pedía clemencia, e insistía en su inocencia.
-¡Yo jamás violaría a una niña!-decía el camarógrafo.
-¿Y a una más grandecita? Mirá que las pendejas de hoy en día vienen polenta polenta-comentaba uno de los ex encapuchados.
-¡No! ¡Yo no violé a nadie!-insistía el camarógrafo.
-Eso es justo lo que diría un violador-comentó el policía, y acercó su revólver a la cabeza del acusado.
-Tranquilo, mi amigo-decía uno de los ex encapuchados que sostenía un celular en su mano, y estaba filmando lo que sucedía-esto no es

otra cosa que ¡Una cámara oculta para *Los archiduques del humor irreverente*!

El camarógrafo acusado casi pierde diez kilos luego del suspiro de alivio.

Las carcajadas del policía, la niña, y el camarógrafo, coparon el lugar.

-Lamento informarle, señor oficial-decía otro ex encapuchado desde atrás, que sostenía otro celular con el que estaba filmando el accionar del garante del orden institucional-que usted ha caído en una cámara oculta para el programa *Los justicieros de la tv*, donde queda más que claro que usted ha incurrido en un severo caso de abuso de autoridad. Usted entrará en nuestro bloque dedicado al maltrato policial.

El oficial de policía quedó pálido.

El ex encapuchado, al notar la preocupación del oficial, agregó:

-Pero no se preocupe, esto se puede arreglar sin problemas si llegamos a una cifra que nos convenga a los dos.

-Ah, ah, ah, ah, ah-intervino otro de los ex encapuchados desde más atrás, que sostenía también un teléfono celular con el que había estado grabando lo que venía aconteciendo en el lugar-; ustedes han caído en una cámara oculta para *Los guardianes de la ética*. Esto es un claro caso de soborno.

En ese momento las alarmas de seguridad de la estación comenzaron a sonar; seguramente alguien desde dentro de los locales aledaños al ver tanta actividad sospechosa en el pasillo llamó a seguridad.

En cuestión de segundos hizo ingreso la policía montada y comenzó una brutal represión; los presentes se largaron a correr, pero corrieron diferentes suertes. Los policías montados, mediante garrotazos, gases lacrimógenos y palabras tranquilizadoras, disiparon

a los involucrados en el acto sospechoso del que se les dio noticia. Algunos de los presentes lograron huir, otros fueron molidos a garrotazos, otros fueron aplastados por caballos; y otros no.

En este caso no se trataba de una cámara oculta.

-¡Yonira! ¡Yonira!- gritaba Curco al verla salir de su casilla.

Yonira no lo escuchó. Entonces Curco, que estaba a unos veinte metros de ella, gritó aun con más fuerza.

-¡Yonira! ¡Yonira!

YoniraMone continuaba su marcha sin enterarse de los gritos.

-¡Yonira! ¡Yonira!- insistía Curco, ya decidido a seguirla.

-¡Pastafrola! ¡Pastafrola!- gritó un hombre. En un principio Curco creyó que se trataba de un vendedor, pero no lo era. De cualquier modo Curco continuó la marcha. Y también continuó gritando.

-¡Yonira! ¡Yonira!

-¡Pastafrola! ¡Pastafrola!- continuaba gritando el hombre. En ese momento Curco aceleró la marcha y dejó atrás al hombre gritón.

-¡Pastafrola! Pastafrola!- gritaba con el último hilo de voz el hombre, desesperado.

-¡Índice por orden alfabético! ¡Índice por orden alfabético!- exclamaba orgulloso otro. Y luego completó, mirando a la gente que tenía alrededor:

-Creo que mi desempeño ha sido claramente superior al de mis dos colegas- los señaló con la mano abierta y la palma hacia arriba- no sólo debido a que la frase que elegí gritar es mucho más extensa y bella que la que eligieron mis contendientes; tanto “Yonira” como “pastafrola” son palabras demasiado, ¿cómo decirlo? Llanas; eso es, llanas, de modo que “índice por orden alfabético” es por ese simple hecho superior a las otras dos frases, y mi desempeño, como consecuencia de ello, también; sino que también la propia

conformación de la consigna que grité es superior en estética y en sintaxis a las demás, porque yo arriesgué. Usé una consigna de cuatro palabras, cuando ellos dos –repitió la seña cortés para señalar a Curco y al otro hombre- sólo usaron una consigna de una palabra. De cualquier modo no radica ahí lo más importante, sino en el hecho de que la consigna que elegí, y tan elegantemente grité, está conformada por palabras graves, agudas y esdrújulas.

-Eso no es así- sostuvo uno de los presentes.

-Sí.

-No.

-Sí.

El clima de tensión iba creciendo, y al darse cuenta Curco que los caballos de la policía montada comenzaban a escucharse, probablemente avisados por alguno de los empleados de las tiendas de la zona, decidió acelerar aún más el paso y alejarse del lugar.

Como consecuencia de estar tan preocupado por escapar de los problemas con la policía montada, Curco se sorprendió al girar su cabeza hacia delante y ver que no sólo Yonira había desaparecido de su campo visual, sino que lo que percibía del propio campo visual había cambiado casi por completo.

Ya no se encontraba en los pasillos llenos de tiendas y clientes, sino en unos pasillos que, si bien mantenían cierta similitud de tamaño, eran claramente diferentes. Las baldosas tenían un color blanco opaco, que sin embargo brillaba, encerado, producto de horas y horas de trabajo de los empleados de limpieza. Las paredes eran de color verde oscuro, y unos zócalos marrones unían el brillo del suelo con la oscuridad de aquellas. El pasillo era verdaderamente muy angosto, al

punto que tal vez dos personas que caminasen en sentidos opuestos no podrían pasar, a menos que, y no es el caso del ejemplo que presento, alguna de las dos personas, y por qué no, las dos, pudieran atravesar la materia. Pero como dije, este no es el caso. En este caso que presento para ejemplificar con una imagen lo angosto que era el pasillo, ninguna de las dos personas hipotéticas tiene la capacidad de atravesar la materia, y me atrevo a decir, sin temor, que tampoco tienen la intención de hacerlo. En especial porque se trata de personas hipotéticas, es decir, inexistentes. No se deje engañar: esas personas jamás existieron, fueron solamente una invención de mi imaginación, y por connivencia, de la suya. Aunque, considerando que la imaginación, ya sea la mía o la suya, o la mía y la suya combinadas, existen, esas personas hipotéticas creadas por nuestra imaginación -siendo ésta parte de *lo que existe*- de cierta manera, existen. Me retracto.

Luego de avanzar unos diez metros, decía, después de pasar por un recodo en L, Curco se encontró con un largo pasillo, más angosto que los anteriores, que conducía a una puerta de madera, de un color marrón brillante, custodiada por un hombre, aparentemente desarmado, que estaba parado a unos pocos metros de ella.

Curco se acercó, lentamente, como queriendo demostrar que no pretendía causar problemas, sin tener en claro tampoco de dónde provenía esa necesidad de demostrarlo.

-¿En qué puedo ayudarlo?- preguntó el hombre, que vestía un uniforme que consistía en un pantalón de traje marrón claro, un par de zapatos negros, una camisa blanca por dentro del pantalón, y una

moña negra que lo podía hacer pasar tanto por un mozo como por un empleado de un casino.
-Estoy buscando a una mujer. Debe haber pasado por aquí recién.
-Ah, sí. Todos buscamos una mujer. O tal vez más de una- dijo el hombre, guiñando un ojo.
-No. Todos no. Yo busco a una.
-¡Pero claro hombre, que era sólo un decir!- exclamó el hombre, con un acento español que no había usado antes.
Curco lo miró, sin comprender del todo.
El hombre, con acento cordobés, continuó hablando.
-¿Y cómo se llama la mujer que busca? ¿Cómo es? ¿Podría describirla?
-Se llama YoniraMone. Es alta, delgada, tiene lentes y lleva el pelo recogido. El pelo es de color castaño claro.
-¿Y cómo está de tetas?
-¿Cómo dice?
-¡Que cómo está de tetas, hombre!- insistió con fastidio el hombre, usando nuevamente el acento español.
-Oiga, ¿vio o no vio pasar a alguien con esa descripción?
-Puede ser, déjeme ver-dijo el hombre, mientras miraba un punto fijo en el suelo-; creo que sí. Pase-dijo, abriendo la puerta que protegía-creo que dobló a la izquierda. Aunque también pudo haber doblado a la derecha. Esa es otra posibilidad.
Curco pasó a través de la puerta, y ni bien estuvo del otro lado, la puerta se cerró a sus espaldas. Cuando volvió a mirar hacia delante, se dio cuenta que las opciones que le había mencionado el hombre que protegía la puerta que acababa de cruzar no podían ser correctas;

al menos una de ellas. Yonira no podía haber doblado hacia la izquierda, porque no había izquierda. La puerta estaba en el extremo izquierdo del pasillo, y daba frente a una pared de un verde más claro que el del pasillo por el que venía caminando. Como a su izquierda había nada más que pared, y a su frente también, optó por seguir el pasillo hacia la derecha. Caminó unos quince metros y se encontró con otro recodo en forma de L. Una vez superado el mismo, doblando a la izquierda, se encontró con otro hombre con el mismo uniforme que el anterior. En este caso el hombre protegía la puerta de un ascensor.

-¿En qué puedo ayudarlo?- preguntó el hombre.

-Estoy buscando a una mujer; se llama YoniraMone, y se me ha dicho que la puedo encontrar por acá- respondió Curco, brindando toda la información que le pareció relevante para de ese modo disminuir el tiempo de charla con el hombre que protegía la entrada al ascensor.

-Ah, sí; puede ser- dijo el hombre, sin mostrar mayor interés. Abrió la puerta, y con un gesto cortés, pero mecánico, se hizo a un costado al mismo tiempo que abría la puerta del ascensor para dejarlo entrar.

Una vez dentro del ascensor, la puerta se cerró y Curco quedó frente a un panel con siete botones. Todos tenían a su derecha el número 7. Curco presionó uno de los siete botones, al azar. Arriba del panel de botones se activó un pequeño panel luminoso que en letras rojas dejaba ver *al piso 7.*

El ascensor ascendía, o descendía, eso no estaba claro; Curco llegó a pensar que el ascensor no estaba funcionando, ya que no se percibía movimiento alguno. Justo cuando empezaba a inquietarse y se estaba por poner a pensar en algún modo de verificar si había movimiento o

no, la puerta del ascensor se abrió. En el panel con letras podía leerse *gracias por elegirnos*.

Al salir del ascensor Curco se encontró con una puerta marrón, la abrió sin problemas, y pudo ver que daba paso a una pequeña sala de dos por dos, donde no se veía bien como consecuencia de una iluminación pésima. Luego de una rápida inspección del lugar, Curco ubicó la llave de la luz; el lugar se iluminó por completo. Cerró y dejó atrás la puerta por la que entró. En ese momento, al frente, pudo ver una enorme persiana de madera que parecía cubrir una ventana, o algún tipo de pasadizo: sin mucho esfuerzo consiguió levantarla y descubrió una ventanilla de un cristal en apariencia bastante sólido. Del otro lado de la ventanilla había unas personas que al ver los movimientos de Curco se pusieron en posición de espera, en una fila casi perfecta que haría sentir orgulloso a un instructor militar.

Si bien no comprendía del todo lo que pasaba, Curco descorrió un pequeño pedazo de ventanilla, en la parte inferior, que le permitiría, según sus cálculos, comunicarse con la gente de la fila y averiguar qué era lo que estaba sucediendo.

Una de las personas de la fila, la que estaba más cerca de la ventanilla, en primer lugar, se acercó con intenciones de hablarle a Curco. El resto de la gente, mientras tanto, revisaba sus bolsillos y bolsos en busca de papeles, tarjetas y documentos de identidad.

-Buenas tardes- dijo un hombre.

-Buenas tardes- respondió Curco.

-Hace un rato yo vine por acá y quedé en pasar a traer esta receta médica-dijo el hombre exhibiendo un papelito amarillo que metió por el espacio que comunicaba un lado de la ventanilla con el otro- para

de ese modo-dijo, haciendo una pausa para tragar saliva- ser autorizado para retirarme del lugar con los medicamentos que figuran en el papelito ese- completó señalando la receta con la cabeza.

Curco, si bien no comprendía nada de lo que estaba pasando, y no entendía la letra del papelito, comenzó a mirar los objetos que había a su alrededor en busca de algún tipo de ayuda. Pudo ver un pisapapeles, carpetas, lapiceras y corrector líquido; también vio un libro que decía "Manual para ganar un serio", un sello y un librito que tenía como encabezado la frase "Autorizaciones". Inmediatamente Curco arrancó uno de los papelitos, lo selló, y se lo entregó al hombre.

-Además, necesitaría mi cédula- agregó el hombre.

Curco realizó otra investigación visual del lugar y encontró detrás del pisapapeles un documento de identidad, que resultó ser justo lo que el hombre estaba buscando. Curco, al certificar el parecido entre la foto en el documento y la persona que reclamaba su devolución, se lo entregó.

-Listo- le dijo. El hombre, agradecido, se retiró.

Para cuando Curco levantó la mirada ya tenía a una señora con un bebé horrible en brazos cerca de la ventanilla. Ella lo miraba a los ojos, esperando ser atendida. Curco se dio cuenta con sorpresa, y cierta inquietud, que no se trataba de un bebé, sino de un feto. El feto estaba arropado con un gracioso enterito celeste y exhibía un chupete al tono.

-¿En qué puedo ayudarla?- dijo Curco, ya más cómodo en su papel de empleado de atención al público.

-Se me perdió mi hija- comentó con preocupación la mujer. Curco miró al feto nuevamente, y supuso que no se trataba de la hija en cuestión.
-Mi hija se llama Tiroides, y la última vez que la vi estaba yendo rumbo al mostrador del *local de comidas lentas*. Ahora no la puedo localizar con el celular y estoy desesperada. ¿No hay una forma de llamarla con un altavoz o algo así? No pudo haber ido muy lejos; tiene que estar aun en la estación- sentenció la mujer.
Curco tomó otro papelito del bloc de las autorizaciones, lo selló, y escribió: "autorización para uso de mensaje por altavoz". Luego se lo entregó a la señora con expresas indicaciones de ir a la *ventanilla de altavoces*, que otro de los clientes que se había mostrado preocupado por la situación de la señora dijo conocer (y hasta se ofreció a acompañarla), y exhibirlo allí, para que de ese modo se comenzara la búsqueda. Finalmente, le deseó suerte. La señora se retiró a paso veloz rumbo al lugar que le fue indicado.
La persona que apareció luego tomó a Curco por sorpresa. Era una señora delgada, con lentes y el pelo recogido. Tímidamente se acercó a la ventanilla.
-¿En qué puedo ayudarla?- dijo Curco, expectante.
-Me gustaría informarme acerca de los horarios del ferrocarril. ¿Pasa alguno por la estación próximamente?- preguntó la mujer.
-¿De carga o de pasajeros?
-De pasajeros.
-¿Y con qué destino?
-Cualquiera.

-Déjeme ver- le dijo Curco, buscando en las carpetas que había a su lado- ; no, de pasajeros nada. Era evidente.
-Y si era evidente, ¿por qué me preguntó "de carga o de pasajeros" y "con qué destino"?
-Protocolo.
-Entonces no hay trenes que pasen por acá.
-Bueno…Eso no es tan así. Podría arreglarse- dijo Curco, arqueando las cejas y mirando con picardía.
-Pero afuera de la estación un tipo me dijo que no pasaban trenes de pasajeros por acá. Me dijo que hace veinticuatro años que dejaron de pasar.
-Ese debe haber sido el viejo Calígula. No le haga caso, él es muy de exagerar las cosas- dijo Curco, acompañando sus palabras con un gesto facial muy gracioso.
- Pero usted mismo dijo que no pasaban trenes de pasajeros por acá.
-Sí. Es verdad. Pero también dije que se podía arreglar, ¿no?
-Claro. Eso también lo dijo. Y la verdad es que no entiendo.
-Bueno, le explico, señora- comentó Curco, posando la vista en los ojos de la mujer- : acá todo puede arreglarse si acordamos en el precio.
-¿Usted está insinuando que debería darle dinero, como, digamos, en una coima?
-No lo estoy insinuando. Lo estoy sugiriendo. Acá todo funciona así.
-¿Y de cuánto estamos hablando?
-Mil pesos.

-¡Eh! ¡Eso es demasiado! ¡Si el pasaje no sale más de veinte pesos!- exclamaba la mujer mirando alrededor en busca de miradas cómplices que no encontró (porque ya no había nadie más alrededor).
-Bueno, si a la señora no le convence mi propuesta puede buscarse otra ventanilla de información- dijo Curco, con cara de personaje cínico de telenovela venezolana.
-Bueno. Eso es lo que voy a hacer- replicó la mujer, permitiendo que su orgullo fluyera.
-Bien por usted- dijo Curco.
-Exactamente- retrucó la señora-. Bien por mí.
-La felicito- dijo Curco sarcásticamente.
-Gracias- respondió ella.
-Espero que encuentre algún lugar donde le puedan informar y que la coima sea menor.
-Yo también lo espero.
-Bueno.
-Bueno.
-¿Y por qué no se va de una vez?
-Porque usted, señor, no deja de hablarme.
-Y usted tampoco se queda atrás, conversadora.
-Si usted dejara de sacarme conversación, yo me iría con todo gusto.
-Me parece razonable.
-A mí también.
-Ya le decía yo.
-¿Ve? Ese es el problema. Usted me dice cosas, y yo no me puedo ir.
-Como poder irse, señora, puede irse. Solo que usted no lo hace.

-Si tan solo dejara de hablarme y decirme lo que puedo y no puedo hacer, yo me iría.
-Bueno. Estoy de acuerdo- dijo Curco, sonriente.
-Bien. Me reconforta saber que nos entendemos.
-Sí, a mí también. ¿No es maravilloso poder comunicarnos de esta manera? Es como ser más humanos, en cierta medida.
-Es verdad. Y mucho más en estos tiempos donde la comunicación entre las personas ha quedado tan relegada.
-Yo estoy chapado a la antigua, de modo que no puedo contener mis deseos de…De invitarla a salir- dijo Curco, sonrojándose al terminar la frase y bajar la vista.
-No hay nada de lo que avergonzarse.
-Entonces… ¿Acepta mi propuesta?- titubeó Curco.
-Claro que acepto, señor…
-Curco Vein.
-Acepto su propuesta, Curco. Y yo, por cierto, me llamo YoniraMone- dijo la mujer, haciendo una breve reverencia.
-Ah…Qué lindo nombre. Yonira. Yonira. Yonira- repetía Curco, tratando de memorizarlo. Luego ambos intercambiaron los números de teléfono y la mujer se fue a otra ventanilla donde pudiera obtener la información que necesitaba.

-¿Me comprende, oficial?- decía la señora, abriendo bien los ojos.
-Le agradezco, pero no soy oficial. Ya quisiera yo, pero vio como es todo en el mundo de hoy; si bien me encantaría tener formación policial, y el título, que llegado al caso es lo de menos, no tengo tiempo para enrolarme. El trabajo de guardia de seguridad acá en la estación consume mucho tiempo. Y está mi casa, mi familia. Uno tiene ciertas responsabilidades que coartan el libre albedrío. Hay veces que uno no decide; decide la economía. Qué se le va a hacer- decía Sidvi Cius, acodado al mostrador de la *zona de altavoces*.
-¿Me comprende, señor?- insistió la mujer.
-Claro que comprendo, señora. Tal parece que la que no comprende es usted-dijo de modo amable el guardia-; acá no hay nadie. Esta ventanilla permanece cerrada toda la semana porque están fumigando. Parece que hubo un brote de bronquitis que afectó a los monos que se mantenían cautivos en el subsuelo para los experimentos genéticos que hacen los del ritual, usted me entiende- dijo Sidvi, guiñando un ojo- entonces parece que los monos se contagiaron y se les daba por subir a esta ventanilla a arrancar las hojas correspondientes a los días sábado del almanaque que nos brinda la estación a cada uno de los empleados. Y como bien se sabe, la falta de días sábado en un almanaque es un gran llamador de termitas. En cuestión de dos semanas esto se transformó en una pocilga llena de termitas y hubo que fumigar ¡Malditas termitas!
-Oiga, no entiendo nada de lo que habla; no sé qué tiene que ver lo de las hojas del almanaque con los monos y las termitas, ni la bronquitis

ni nada de eso. Lo único que quiero es encontrar a mi hija, y para eso necesito de su colaboración. Por favor, ¿no hay algo que pueda hacer para llamar a mi hija por altavoz?
-Bueno, como poderse, se puede hacer algo-decía el hombre, meneando la cabeza hacia delante y torciendo la boca hacia un costado-; es solo cuestión de entrar en la casilla rápidamente, tomar el altavoz y traerlo hacia acá; conectarlo no va a ser tarea difícil, enchufes sobran.
La mujer se mostraba entusiasmada con la idea.
-Lamentablemente-continuó diciendo el guardia-yo no voy a poder traerlo, porque, en primer lugar, esa tarea no me corresponde y, en segundo lugar, de hacerlo, cosa que repito no haré, estaría abandonando la guardia. Y esa sí es mi tarea.
-¿Y si voy yo?
-No tendría ninguna objeción. Adelante. Su hija lo merece, ¿no cree?
-¡Por supuesto!-dijo la mujer, llena de energía.
-Si quiere-agregó el guardia-yo puedo cuidar de su hijo mientras usted entra en busca del altavoz.
-Le agradecería-dijo la mujer, depositando el pequeño feto en brazos del guardia.
-¿Por dónde entro?
-Es cierto-dijo el guardia, haciendo malabares para sacar un manojo de llaves sin dejar caer el feto al piso-; tome, es la del medio.
-Bien-dijo la mujer, y se dirigió a la puerta del lugar, con la llave que le fue indicada en la mano.
Hizo un pequeño movimiento de muñeca y logró ingresar a la sala de altavoces.

Era de dos metros por dos metros, aproximadamente. La mujer se sorprendió mucho al ver a un hombre adentro, escribiendo en una máquina de escribir alemana. Debo decir que la sorpresa fue doble: por un lado la mujer no esperaba encontrar a una persona en el lugar, bastante claro fue el guardia en eso de que no había nadie al tratarse de una semana de fumigación; y por el otro le sorprendía el hecho de que todavía hubiese gente que escribiera a máquina.

El hombre pareció adivinar los pensamientos de la mujer y dijo en voz alta mientras continuaba tecleando:

-Entonces entra la mujer y mira al escritor, doblemente sorprendida. ¿Hay un hombre acá adentro? ¿Pero este lugar no estaba cerrado por fumigaciones? ¿Me habrá mentido el guardia?- levantando la vista, pero sin dejar de escribir, el hombre agregó-; es que no hay tal cosa como la verdad y la mentira. De ningún modo, señora.

-¿De qué habla? ¿Dónde está el altavoz?

-No sea necia señora; las cosas pasan porque tienen que pasar. Las cosas pasan porque alguien las escribe antes-dijo el hombre, con cara sugerente.

-Necesito el altavoz, se lo ruego.

-La vida es un guión, y lo triste, es que uno nunca es guionista de su propia obra; hay que sentirse afortunado si por un rato a uno se le permite conocer de antemano unos pocos parlamentos. El altavoz está ahí, atrás del termo y del mate.

La mujer, al ubicarlo con la vista, se precipitó a tomarlo. Mientras se alejaba le dedicó una última mirada al hombre y con los ojos pareció decirle “realmente te agradezco esta instancia de pensamiento de la que me hiciste partícipe; es una pena que no pueda quedarme más

tiempo, pero viste como es la cosa, una tiene un feto que cuidar, una hija que ubicar; no dan los tiempos".

Mientras aún se oían los golpes de los dedos en las teclas de la máquina de escribir, la mujer abandonó el lugar con el altavoz bajo el brazo.

Una vez en el pasillo, se encontró con el guardia, que aun cuidaba del feto.

-Lo consiguió al final-dijo Sidvi, intercambiando el feto por el altavoz.

-Había un tipo ahí.

-El escritor. Aparece cuando quiere- levantó ambos hombros, como quitándole importancia-. A ver dónde enchufamos esto.

Treinta segundos después el altavoz había sido enchufado en uno de los alargues que había en el pasillo. El guardia lo probaba, repitiendo "uno, dos, probando, probando", pero el aparato no funcionaba. No proyectaba la voz como se espera que haga un altavoz.

-¿Los altavoces funcionan con electricidad?-preguntó curiosa la mujer.

-No. Y este menos. Tal vez por eso no funcione. Quizá le falte baterías.

La mujer miraba, expectante.

-O tal vez-dijo el hombre, levantando las cejas-haya que apretar el botón de encendido.

Sidvi prendió el altavoz y realizó su rutina de prueba. Fue ensordecedora; tanto la mujer como otras personas que pasaban por el lugar debieron taparse los oídos para soportar la molestia.

-Ahora funciona-dijo el guardia, orgulloso.

-¿Qué?

- ¡Que ahora funciona! ¡Tome!-dijo Sidvi, entregándole el altavoz a la señora.
-¡Gracias!
Cuidadosamente se acercó el altavoz a su boca y pronunció un tímido "Ssssí. Ssssí. Probando, probando". Al certificar que el aparato funcionaba a la perfección, y ya con más confianza, la mujer comenzó a levantar la voz.
-Tiroides, si podés oírme, vení a la *zona de altavoces* en el primer piso. Soy tu madre.
De pronto el guardia se acercó a la señora y le susurró algo en el oído. Ella lo miró, y asintió con la cabeza. Luego retomó el llamado por el altavoz.
-Si alguien vio a una adolescente, morocha, vestida con el uniforme del colegio del barrio, que por favor notifique en la *zona de altavoces*-decía la mujer cuando el guardia le dijo por lo bajo: "o en cualquier ventanilla de información". La mujer volvió a asentir-; o en cualquier ventanilla de información- ; luego, repitió el llamado.
Tres minutos después del primer llamado un hombre negro, aproximadamente de dos metros veinte se acercó a paso veloz en dirección a la mujer y al guardia.
El hombre tomó una breve bocanada de aire; se lo notaba agitado.
-Hola mamá. Soy Tiroides, tu hija- dijo el hombre, saludando como reina del festival de la vendimia, con la mano derecha.
-¿Cómo dice?
-Que soy yo.
-Oiga, hombre, ¿tiene alguna información acerca del paradero de mi hija o sólo vino a molestar?-preguntó la mujer, mirando de reojo al

guardia que parecía respaldar sus sospechas de que ese hombre que tenían delante efectivamente no era Tiroides.
-La información, mamá, es que volví. ¿Me das plata para comprarme una *tablet* preciosa que vi en la vidriera de más allá?-dijo el gigantesco hombre, señalando hacia la izquierda, hacia la *zona de dispositivos electrónicos que se rompen fácil*.
-Por favor ¿tiene alguna información acerca de mi hija?
-Sí, disculpe, no pude resistir la tentación de tomarle el pelo. En verdad no soy su hija Tiroides.
-¿Y tiene alguna información acerca de ella? Dígame, ¡Se lo implora una madre desesperada!- Sidvi Cius la contenía sujetándola suavemente por los hombros.
-Y bueno, de su hija le puedo decir que es morocha, llevaba un uniforme de colegio secundario y se llama Tiroides.
-¡Pero esa es la información que di yo con el altavoz!
-Claro.
-Hijo de puta.
-Mi madre será eso que usted dice, pero al menos su ocupación no le impedía cuidarme. Yo jamás me perdí en una estación como la hija de otra que yo conozco- dijo el gigantesco hombre, cruzado de brazos, de espaldas a la mujer.
-¿Cómo se atreve?
-Ya debiera ser usted prostituta para no andar perdiendo hijas por ahí.
-¡Se está pasando!- exclamaba el guardia, conteniendo con una llave de judo a la señora que pretendía agredir al gigantesco hombre, que reía a carcajadas.

-¡Se te perdió tu hija, vieja con problemas de concentración!
-¡Hijo de puta!-gritaba ella.
-¡Mirá mi mano y no te distraigas! Estoy acá, y ahora no. Estoy acá, y ahora no- decía el hombre tapando y destapando su cara con la mano derecha.
El guardia ya hacía grandes esfuerzos para contener a la furiosa señora.
-Perdiste a tu hija. Mirá como te bailo- el gigantesco hombre ponía sus manos en la cintura al tiempo que realizaba un sensual movimiento pélvico. Se mordía el labio inferior y miraba, de forma alternada, su cintura y a la señora.
-Y ahora te bailo así- el hombre, girando sobre su propio eje y repitiendo el bailecito pélvico, esta vez de espaldas a la mujer.
En un descuido del guardia la mujer se zafó de la llave y le dio un puñetazo en la espalda al gigantesco hombre, que sin acusar dolor por el golpe giró, y le aplicó una contundente piña en la cara a la mujer, que quedó tendida en el piso, inconsciente. Cuando el guardia intentó reaccionar y reducir al agresor que se mantenía en pie, una ráfaga de balas de ametralladora derribó al gigantesco hombre y por poco alcanza a Sidvi. Luego de descargar dos ráfagas más de disparos, llegó la voz de alto y la advertencia: “Quietos. No queremos que nadie salga herido”. Era la policía de la estación. Y era demasiado tarde.

No tenía claro cuánto caminó, pero calculó que por lo menos lo había estado haciendo durante media hora. Cuando reconoció los estrechos pasadizos del *local de comidas lentas*, Tiroides se detuvo. Sintió una presencia detrás de ella. De cualquier modo continuó la marcha; efectivamente alguien la seguía. Después de unos cuantos disimulados intentos por averiguar quién era, mirando de reojo, pudo descubrir a diez metros la figura de un mozo que la miraba de modo amenazante.

Tiroides empezó a correr. El mozo también. Los pasadizos se hacían cada vez más anchos e iluminados, pero la persecución no se detenía; de hecho, cada vez se volvía más violenta. El mozo, disminuyendo la velocidad de la marcha, le tiraba dardos tranquilizantes y luego aumentaba la velocidad continuando la persecución. El plan del mozo, muy bien entrenado para estos menesteres, era sedar a la joven con uno de esos dardos para de ese modo atraparla con mayor facilidad cuando se desplomase en el suelo. Sin embargo, el azar quiso que ninguno de los dardos impactara en la joven y que ésta lograra escapar.

Más aliviada al darse cuenta que ya no era perseguida por nadie, Tiroides dejó de correr y comenzó a caminar; pudo notar que se encontraba nuevamente en la parte del local donde estaban las sillas, las mesas y la puerta de entrada. Pero para su sorpresa, no había nadie. El lugar estaba absolutamente vacío y tenebrosamente iluminado; no había sonidos que vinieran a demostrar la cercanía de seres humanos, hecho que aterró a la joven, no sólo por la soledad en

sí, sino más bien por el contraste con la imagen que ella guardaba del mismo lugar cuando había dejado a su madre y a su hermanito feto para ir a comprar hamburguesas. En aquel momento el lugar albergaba a gente, había ruido. Ahora no había más que sillas vacías y mesas limpias.

Tiroides optó por irse. Caminó rápidamente entre las mesas vacías y se fue.

Ni bien salió, se encontró con un hombre vestido con ropas extrañas y un gorro de maquinista de ferrocarril. El hombre se alegró de verla y se lo notaba aliviado, verdaderamente aliviado, como si se hubiese quitado una gran responsabilidad de encima.

-¡Tiroides! ¡Qué bueno que la encuentro! ¡No sabe cuán preocupada está su madre! Por favor, venga conmigo; ella la está esperando afuera de la estación- dijo el hombre, y la tomó del brazo y acompañándola amablemente. Tiroides no tuvo demasiado tiempo como para reparar en la vestimenta extraña del hombre, pero algo en su comportamiento la hacía sentir protegida.

Al mismo tiempo, pero en uno de los ascensores, Curco intentaba regresar sobre sus pasos rumbo a la estación, ya no en busca de Yonira, sino con objeto de encontrar la información que buscaba en primera instancia: los horarios del ferrocarril. Ya tendrían tiempo Yonira y él de hablar, pues habían intercambiado números telefónicos y eso ya era un paso adelante. Curco se había propuesto en el trayecto de regreso que nada ni nadie lo volviera a perturbar y desviar de su cometido de viajar en tren. No es que considerara a Yonira como un agente perturbador; tan sólo tenía la necesidad urgente de viajar.

Al salir del ascensor se encontró en los laberínticos pasillos que había transitado antes en dirección contraria; en esta ocasión no se encontró con guardia o ascensorista de ningún tipo, y la caminata fue fluida y sencilla, en tanto recordaba a grandes rasgos el camino correcto de regreso a la zona más concurrida de la estación.

Sin embargo, ni bien logró llegar al segundo piso descubrió con sorpresa que no había nadie. Todos los comercios estaban cerrados, sin gente dentro. Era evidente que la estación estaba cerrada. Curco no había calculado el tiempo que había pasado adentro, pero de ningún modo le parecía el suficiente como para que todos los comercios estuviesen cerrados (a esa altura ya estaba en el primer piso y los comercios mantenían la misma apariencia que los del segundo piso) y mucho menos para que toda la gente que estaba allí hubiese desaparecido. Pero ya se sabe como es el tiempo: muchas veces uno considera que ha pasado poco tiempo, o mucho, haciendo alguna actividad y la percepción no se corresponde con lo que indican los relojes. Eso, palabras más, palabras menos, es lo que pensaba Curco mientras intentaba salir de la estación a través de la angosta puerta aquella por la que entró al lugar. Justo cuando estiraba su mano para tomar el picaporte la puerta se abrió. A través de ella ingresó Calígula. Sus llaves colgadas a la cintura hacían un ruido muy molesto, pero a Curco no parecía molestarle. No parecía molestarle eso, lo que sí le molestaba era que a pesar de que en la estación había un silencio absoluto él no había sido capaz de oír a Calígula y sus juegos de llaves haciendo ese sonido de protesta con caceroleo del otro lado de la puerta; solamente lo escuchó al tenerlo a menos de dos

metros. Calígula, por su parte, le dedicó una mirada fría, y luego, tal vez al reconocerlo, le sonrió.

-Mi amigo, parece que hoy es su día de suerte. Afuera hay un tren cargando pasajeros ahora mismo; si desea tomarlo, será mejor que se apure. Ya está por salir- dijo, abriendo la puerta y haciéndose a un costado, para permitir que Curco viera como en efecto había gente en una fila esperando para subir a un ferrocarril.

Al traspasar la puerta y encontrarse en el lado de afuera de la estación escuchó el ruido ensordecedor de la máquina que se estaba poniendo en funcionamiento y cierta sensación de ansiedad colectiva en torno a la locomotora y a sus respectivos vagones.

Se trataba de un tren bastante más lujoso de lo que Curco hubiese imaginado como posible en la estación de Peñarol. Más que un tren del Uruguay, parecía un tren suizo, tal vez francés, con las comodidades de la Europa de principios del siglo veinte. Desde afuera al menos, podía observarse una gran cantidad de habitaciones y lo que parecían ser baños. El tren aparentaba ser bastante cómodo. Curco al instante comenzó a pensar acerca del posible destino y, en especial, del costo. Se decidió a buscar a alguien que pudiera ayudarlo a responder sus preguntas antes de comenzar a hacer la fila para subir.

-¡Señor, señor! ¿Qué está pasando? ¿Hacia dónde va este tren?- preguntaba Curco a las personas que pasaban a su alrededor. Todos lo ignoraban.

-¿Por qué sube a este tren? ¿Qué pasa?- insistió Curco. Entre todos los que lo ignoraban y pasaban de largo rumbo a alguno de los vagones, un hombre pareció detenerse y mirarlo. Pero era sólo una

ilusión: ni bien Curco se decidió a hablarle, el hombre retrocedió, tomó impulso y se largó a correr en dirección a un vagón. Curco siguió el recorrido con la mirada y vio como el hombre desparramaba a todo aquel que se le ponía delante. Tumbando y pisoteando mujeres, niños y ancianos, el hombre se hizo de un lugar en el ferrocarril.

A lo lejos, en otra de las aglomeraciones de gente frente a un vagón, Curco pudo distinguir a un hombre uniformado que lo estaba mirando fijamente. Con paso decidido el hombre, vestido con uniforme y gorro azul, acortó la distancia que lo separaba de Curco. Era evidente que el uniformado tenía algo que ver con el ferrocarril, o por lo menos debía trabajar en la estación; fuese por una razón o por la otra, ese hombre podría aclararle el panorama.

Tal vez ansioso al ver que el uniformado no caminaba con demasiada velocidad, Curco también se propuso acortar distancias caminando a su encuentro.

-Permítame ver su boleto- dijo el uniformado.

-¿Boleto? No tengo boleto. ¿A dónde va este tren?

-¿No tiene boleto?- decía el uniformado arqueando al mismo tiempo las cejas. Luego silbó.

-¿A dónde va este tren? ¿Por qué todos suben?- insistía Curco, con desesperación creciente.

-Usted es de los *sin boleto*- decía el uniformado, y haciendo de nuevo el gesto con las cejas lo tomó amablemente del brazo y le dijo que lo acompañara. Curco, sin entender la situación por completo, se dejó llevar.

Después de recorrer unos treinta metros llegaron a una zona donde la cantidad de pasajeros, o pretendientes a pasajeros, era mucho menor.

-Es acá- dijo el uniformado, ayudando a subir al vagón a Curco con un suave empujón. Una vez que Curco estaba arriba del vagón, y antes de dar la vuelta y retirarse, el uniformado le dijo con una sonrisa amable: gracias por elegirnos.

-Gracias por elegirnos- le decía una mujer de mediana edad vestida con un uniforme rojo-; si me acompaña le mostraré su habitación, caballero.

Curco, en silencio, siguió a la señora a través de los pasillos del tren.

A medida que Curco avanzaba detrás de la señora por los pasillos del tren, comenzó a percibir que algo no andaba bien, no sólo con el tren, sino consigo mismo y con su capacidad para estimar tamaños; lo mismo que había sucedido con la estación, le sucedía ahora con el tren: por dentro era mucho más grande de lo que creyó en primera instancia.

Distraído en pensamientos concernientes al tamaño del tren, Curco perdió de vista a la señora de rojo. Ella, al ver que su guiado se retrasaba, se detuvo, y sin fastidio pero con cierto aire mecánico, como si de un trámite habitual se tratase, caminó sobre sus pasos y se reencontró con Curco. Éste, mientras tanto, continuaba caminando en dirección a ella, pero lo hacía lentamente ya que se dedicaba a mirar los compartimentos, en algunos casos dormitorios, que estaban ubicados a ambos lados del pasillo; en uno de ellos, que tenía un precario cartel que decía “enfermería” pudo ver a la colegiala aquella que había visto entrar a la estación, sentada ahora al costado de una camilla, tomando de las manos a una señora que se le parecía y que Curco asumió era su madre. Al otro costado de la camilla había una enfermera ocupándose de un bebé muy chiquitito que estaba cómodamente instalado en una pequeña mecedora. El bebito era horrible. Curco creyó reconocerlo.

La recorrida continuó un rato más. En ella pudo ver a algunas personas que había visto antes en la estación, entre las que, desafortunadamente, no se encontraba Yonira; este hecho no lo desalentaba del todo: llegado el caso, podría intentar rastrearla en algún otro vagón, o quizá en ese mismo.

-El ferrocarril es gigante- pensaba Curco, asombrado. En ese preciso momento el tren se puso en movimiento. Fue allí que Curco sintió temor, fue allí cuando se cuestionó cosas que había dejado escondidas en algún recoveco de su mente ante el asombro de la situación. ¿A dónde se dirige el tren? ¿Por qué se permitió subir a un tren sin ser capaz de contestar la primera pregunta? Si bien antes no le importaba el destino del viaje, repentinamente, en ese momento, sí.

Esos pensamientos perturbaban a Curco y lo hacían sentir inseguro.

-¿A dónde va este tren?

La mujer de rojo lo miró y, abriendo una de las puertas de los compartimientos de la derecha, dijo: esta es su habitación.

-Señora ¿me puede decir a dónde vamos?- insistió Curco.

-Y si no lo sabe usted, yo por mi parte tengo la conciencia más que tranquila.

-¿A dónde vamos?- preguntaba Curco, con hastío.

-Si no lo sabe usted. Yo por lo pronto estoy acá trabajando. Tra-ba-jan-do ¿entiende?- decía la señora separando en sílabas y marchándose sin mirar hacia atrás. Curco la siguió, pero en pocos segundos se perdió de su vista entre la gente que abarrotaba los pasillos. Lentamente, decidió caminar hacia su habitación para inspeccionarla.

En otro de los compartimentos, en cuya puerta de entrada colgaba un precario cartel que decía “enfermería”, se encontraba Tiroides sentada al costado de una camilla, donde se encontraba, inmóvil, su madre. Al otro lado de la camilla, de espaldas a ellas dos, había una enfermera arropando al pequeño feto.

-¡Se despertó!- exclamó Tiroides al ver a su madre con los ojos abiertos. La convaleciente estiró su brazo derecho y tomó firmemente el brazo de su hija.

-¿Qué me pasó?

-No lo sé mamá. Quedaste inconsciente y te trajeron para acá. Yo vine lo antes que pude. ¿Te sentís bien?

-¿Dónde está mi feto? ¿Está bien?- preguntó la mamá, preocupada pero aun casi inmóvil por su debilidad.

-Sí. Sí. Está bien- dijo Tiroides mirando en dirección a la enfermera que, al tanto de la situación, traía el feto arropado con una manta celeste, en brazos.

Con suavidad, y con una sonrisa, lo depositó en brazos de la mamá. Todas sonreían, complacidas.

La enfermera se retiró y luego de unos minutos de charlas, caricias y mimos, la armonía de la sala se vio interrumpida por el ingreso del doctor Ciye Irramone. Venía acompañado por la señora de rojo que antes había acompañado a Curco a su habitación.

-Es sólo un momento, doctor- decía la señora, mientras lo empujaba suavemente hacia adentro de la habitación y cerraba la puerta velozmente.

Una vez cerrada la puerta, la enfermera informó al doctor acerca del estado actual de la salud de la señora y del feto; el doctor le pidió a

Tiroides que se quitara la ropa para poder examinarla, pero ante la negativa y la cara de asombro de la joven colegiala, el doctor soltó una carcajada y dijo estar bromeando.

Luego de hacerle algunos exámenes básicos a la señora, el doctor se vio en condiciones de aconsejarle que reposara durante unas horas para asegurarse de recuperar totalmente su energía, y luego restablecer su vida normal. Ante la pregunta de la convaleciente acerca de la conveniencia o no de desplazarse hacia una de las habitaciones, el doctor respondió afirmativamente. De modo que, luego de consultar a la enfermera de reojo acerca de la posibilidad de conseguir una habitación para las dos mujeres y el pequeño feto, y una nueva respuesta afirmativa, los tres se desplazaron al dormitorio que les fue asignado. Allí, ambas, viendo al feto dormir, cerraron sus ojos y tomaron un descanso.

Había llegado la noche y el silencio en el tren era impactante. Algunos pasajeros, utilizando al máximo su imaginación pudieron haber afirmado que se alcanzaba a escuchar el ruido del ferrocarril desplazándose por los rieles; pero si bien podían, ninguno de los pasajeros optó por hacerlo, porque casi la totalidad de ellos estaba durmiendo.

Ese silencio casi absoluto se vio irrumpido abruptamente. Está claro que en la noche todo ruido parece a la vez cercano y lejano, de modo que determinar el lugar exacto donde la acción se produce es tarea harto difícil. No para mí, por supuesto, que tengo claro donde sucedió: en la enfermería.

Los ruidos que se oían eran varios y muy distintos; diferían en prolongación e intensidad. Lo que estaba claro era que muchas cosas caían al piso, como si alguien estuviese ensañado en destruir todo. Luego un grito desgarrador masculino vino a suspender el desparramo de cosas. El silencio casi absoluto volvió y se apoderó del tren, hasta que los primeros intrépidos comenzaron a salir de sus compartimentos para ver qué era lo que sucedía. Las luces se encendieron, poco a poco, y el bullicio inicial cargado de susurros se transformó, también lentamente, en griterío histérico. Uno de los pasajeros encontró a un hombre muerto en el pasillo, frente a la enfermería. Era Bolo Al Imenticio.

Se había armado un gran alboroto. Curco, asomando medio cuerpo a través de la puerta corrediza de su habitación, pudo observar la

escena sin entender totalmente lo que sucedía. Gracias a los gritos y comentarios que se esparcían desde la zona de enfermería hasta la otra punta del vagón, Curco pudo enterarse que un pasajero había aparecido muerto; los comentarios hablaban de asesinato y, como la víctima era un religioso musulmán, se sospechaba crimen por razones religiosas. Desde su compartimento Curco observaba cómo un grupo de gente rodeaba al difunto sin saber muy bien qué hacer mientras esperaban a que llegaran las autoridades del ferrocarril que habían sido alertadas y venían en camino desde el vagón contiguo; y veía cómo otro grupo de gente arrastraba como podía a un rabino judío que llevaba a su vez un cuchillo en la mano todo ensangrentado, mientras gritaban "¡Asesino, asesino! ¡Tenemos al asesino!". Ya se sabe lo prejuiciosa que es la gente: ni bien un musulmán muere apuñalado en un ferrocarril y se encuentra a un rabino con un cuchillo ensangrentado a pocos metros de la escena del crimen, ya se presupone que éste es el culpable del crimen. Siglos y siglos de antisemitismo.

El ruido ensordecedor de la gente clamando justicia por mano propia tapó en un principio los pasos en el techo que Curco sí fue capaz de oír; pero los tapó sólo en un principio, porque cuando las ventanas del ferrocarril explotaron y bombas de humo comenzaron a caer dentro, los cánticos de "justicia, justicia" fueron sustituidos por toses y corridas. Un grupo de tal vez una veintena de policías antimotines hizo su ingreso *hollywoodense* en el ferrocarril y en pocos minutos tomaron todo el lugar. Curco sabía lo que iba a pasar, así que sin pensarlo demasiado se encerró en su habitación para escapar de la represión.

Desde debajo de la cama Curco podía escuchar las corridas, los disparos, los gritos; encerrado en su recámara, se mantuvo a salvo. Luego de unos minutos el tren quedó en silencio. Todo aquel estruendo gradualmente se fue transformando en silencio y tranquilidad. Sólo el sonido de las ruedas del tren sobre la vía amenazaba con interrumpir esa calma. Sin embargo, fue nada más que una amenaza, porque de hecho, ese ruidito monótono hizo que Curco se calmara, se subiera a la cama y cayera dormido como si todo el estrés hubiese cedido ante el cansancio físico.

Cuando Curco despertó, estaba un poco confundido. En especial porque no estaba dentro del tren, sino en un banco de la estación de trenes de Peñarol, en una tarde muy calurosa. Se acomodó la gorra que tenía cubriendo su cara, y alzó la vista al escuchar el sonido de un juego de llaves que se le hizo familiar. Era Calígula. Curco se le quedó mirando. El hombre pasó por frente al banco y echó una mirada de reojo; con la boca un poco torcida, redujo la marcha.
-¿No pasó el tren todavía, amigo? Yo le dije que no pasaba- levantó y bajó los hombros y continuó caminando. Curco estaba verdaderamente confundido. ¿Qué había pasado? Era demasiado real para ser un sueño. Curco estaba aturdido y confundido.
-Señor. Señor. ¡Señor!- repetía una voz femenina. Curco desconcertado se incorporó en la cama.
-La cena ya está lista. Disculpe que lo despierte, pero tengo órdenes de avisarle a todos los pasajeros- dijo suavemente. Luego se fue, cerrando la puerta de la recámara con suavidad.

Curco quedó allí, confuso, aturdido y pensativo. Luego, se dejó caer de nuevo en la cama, quedando en posición horizontal nuevamente. El ruido del tren volvía a tener el mismo efecto somnífero que había tenido antes, pero esta vez Curco decidió levantarse; comer algo sería una buena idea. Tal vez también lavarse la cara y tomar un café para despabilarse. El viaje sería largo.